

LA PRINCESA DE LA ZARDA



MARTHA EGGERT • HANS SOHNKE





LA PRINCESA
DE LA ZARDA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITURGICO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correo 767 - Tel. 79657 - Barcelona

AGENCIA DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL

AFS.

Publicación semanal

Año IX

Núm. 165

LA PRINCESA DE LA ZARDA

Una bella y deliciosa historia de amor que tiene por marco Budapest, la Perla de la Europa Central, con sus antiguos coliseos, sus avenidas magníficas, sus salones aristocráticos, que saben ser, a la vez, imponentes y frívolos y cuyos protagonistas llenan el ambiente de gracia y optimismo, como si quisieran impregnarlo de su alegre desenfado y su deliciosa despreocupación de los prejuicios y las convenciones sociales.

Narración del argumento
basado en la producción
cinematográfica de la
ópera de igual título.

EXCLUSIVAS

Alianza Cinematográfica Española

Provenza, 273 - Teléfono 71662 - BARCELONA

Mesonero Romanos, 2 y 4 - Tel. 20890 - MADRID



BERLIN

PRINCIPALES INTERPRETES

Sylva Varescu	M. EGGERTH
Edwin, Principe de Weylersheim	HANS SOHNKE
Conde Bonifacio Kancsianu.	Paul Kemp
Feri von Kerekes	Paul Hörbiger
Condesa Sina von Plonitz	Inge Liss
Princesa de Weylersheim	Ida Wüst
Principe de Weylersheim	Friedrich Ulmer
Comandante	Hans Junkermann
Director	Edwin Jürgensen

Argumento de
HANS ZERLETT
B. E. LUTHOE
GEORG JACOBY

Escenografía de
KARL HOFFMANN

Dirigida por
ROBERT HERITZ
WALTER RONDIG

Producción
KLANGFILM-
AFIFA-TONKOPIE

Defundición musical
H.-O. BÖRGMANN

Dirección coreográfica
MAX PREIFFER

— NARRACIÓN DEL FILM POR —
AGUSTÍN PIRACÉS

LA PRINCESA DE LA ZARDA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LA VIDA ALEGRE Y CONFIADA DE EDWIN DE WEYLERSHEIM

Hubiera sido difícil encontrar, aun a trueque de recorrer todos los valles, cimas, caminos, vericuetos, pueblos y ciudades de la nación, un hombre más optimista, apuesto, simpático y despreocupado que Edwin, príncipe de Weylersheim y bizarro oficial del ejército austriaco.

Ya de muy pequeño se había hecho notar por su temperamento inquieto, dinámico, que le hacía rebotarse contra toda tutela y contra toda autoridad, tanto la de sus familiares como la de sus preceptores.

Cuando llegó a la edad en que todo muchacho decide lo que debe ser de su vida, y su padre le preguntó qué quería ser, Edwin repuso sin vacilar:

—¿Yo? ¡Militar!

—Muy bien—repuso el príncipe de Weylersheim—. ¿Quieres servir a tu Patria, defenderla en caso de peligro y morir heroicamente si es necesario para mayor gloria de esta tierra bendita donde el Señor ha hecho que nacióramos, no es eso?

El muchacho, que había escuchado el pequeño discurso de su padre sin bajar la vista, fijó sus ojos en los del autor de sus días y repuso sin vacilar:

—Si llegase el caso de una guerra o de una revolución, no te queda la menor duda, padre mío, de que sabría luchar defendiendo nuestra bandera y nuestro honor como los más bravos y los más buenos... Pero, en realidad, lo que me inclina hacia la carrera militar, no es el emular las proezas de nuestros heroicos y esforzados abuelos. No. A mí parece que las naciones no han de conquistar el renombre ni el prestigio rompiéndose la crisma con el primer vecino que se niega a atender una discreta indicación diplomática. Yo creo que los países se hacen grandes y fuertes y se hacen respetar, no por lo brutos de sus soldados, sino por lo justos y prudentes de sus gobernantes...

—Eres tan optimista como ingenuo — respondió su padre —. Gobernantes justos y prudentes, no creo que los haya en ningún país del mundo, siquiera sea de leyenda. Fíjate que cuentan de Jauja que

los árboles dan levitas
pantalones y botitas

pero no nos dicen que sus gobernantes sean paternales para con el pueblo cuyos destinos rigen. Lo cual quiere decir que en Jauja viven felices y la existencia no tiene complicaciones... sencillamente, porque no hay Gobierno...

—[Eso es demagogia]—exclamó

Edwin, que entre otros vicios, había adquirido desde muy joven, además del fumar, el beber y el jugar a los prohibidos, el de enamorarse de unas cuantas frases rimbombantes que intercalaba siempre sin ton ni son en su léxico.

—Eso — repuso el príncipe de Weylersheim — es una verdad más grande que el puente sobre el Danubio... Los gobernantes, a quienes por una ironía sarcástica se denomina a veces a los padres de la patria, son unos señores que sólo piensan en poner impuestos y en hacer discursos... y he de confesarte, hijo mío, que no sé si es peor lo uno que lo otro...

Y el padre de Edwin hizo una pausa.

—Bien — continuó al cabo de un rato —. Sin darme cuenta, me he enfrascado en un tema harto arduo, sobre el cual nos pasaríamos muchas horas discutiendo. Y ahora no se trata de discutir, por lo menos, sobre este punto, pues estábamos dilucidando una cuestión, y, casi sin darnos cuenta, nos hemos ido desplazando de tal manera, que hemos dejado en suspenso la parte más interesante de nuestro diálogo. Decías que quieres ser militar...

—En efecto, padre mío. Y no precisamente por el gusto de andar a mamporros con ningún enemigo, si-

no por razones muy distintas. La carrera militar es barata, fácil, y viste. No hay que tener muchos fracs, levitas, chaqués y smóking en el armario. Te invitan a un te, a una fiesta, a un banquete, a una boda, te pones el uniforme de gala... ¡y tan campante! Además, las mujeres son muy aficionadas al uniforme militar...

—Y tú muy aficionado a las mujeres...

—¿A qué negarlo? ¿Crees, papá, que yo soy uno de esos hombres hipócritas que dicen lo que no sienten? ¿Cómo no voy a ser aficionado a las mujeres, si ellas son lo más bello, lo más sublime, lo más deseable de la creación entera?

—¡Tate, tate! Muy joven eres para hablar de esas cosas. ¿Y cómo sabes tú que las mujeres son tan aficionadas al uniforme militar? ¿Lo has leído en algún libro?

—Lo he experimentado prácticamente, papá. Fíjate en las criadas que hemos tenido. Algunas, hay que confesarlo, eran tan hermosas como muchas grandes duquesas... ¡y todas tenían por novio a un quinto! ¡Con que... si el sufrido gremio de los angelitos del fregadero se pirran por los reclutas, es lógico y natural que las mujeres de la aristocracia, de princesas para abajo, se mueran

por los galones y las charreteras de un oficial!

El autor de los días de Edwin no salía de su asombro al ver el modo de «destaparse» del muchacho.

—Además—siguió diciendo éste—la carrera militar tiene otras muchas ventajas... Los paisanos, aunque sean de rancia estirpe y ostenten títulos nobiliarios, no se atreven casi nunca a batirse con un oficial, porque suponen, con fundado motivo, que será más diestro en el manejo de las armas que ellos... Y esto siempre es una ventaja, pues a cada paso puede uno tropezarse con un novio desdefiado o un marido burlado que le culpe de ser el causante de su desdicha...

—¡Basta!—gritó el príncipe, indignado—. ¡Por ese camino no puedo seguir escuchándote!

Como pueden apreciar nuestros lectores por el dialoguito que acabamos de reproducir, nuestro hombre, o, mejor dicho, nuestro mozo, pues apenas le apuntaba el bozo, era de los que prometían. Su padre pensó que quizá valdría la pena de mandarle a estudiar un par de años a una academia dirigida por frailes, a ver si éstos lograban frenar sus ímpetus, pero no tardó en darse cuenta de que el muchacho haría allí más barbaridades que un caballo loco dentro de una cacharre-

ría (1), y optó por acceder a que su hijo entrase en la Academia Militar.

Hay que reconocer que Edwin cursó brillantemente sus estudios. Se batió dos veces con otros tantos compañeros de estudios, salió siempre victorioso, y adquirió una bien merecida fama como jugador de póquer y como catador de vinos, desde el democrático peleón hasta el aristocrático Tokay. En una palabra: salió de la Academia hecho un hombre de mundo perfecto.

A consecuencia de cierta faltilla que cometió, el coronel de su regimiento estuvo a punto de hacerle juzgar en Consejo de guerra, pero como era un buenazo, rectificó, y después de llamarle aparte, le hizo las reconvenções del caso y, para alejarle de allí, le concedió una licencia de seis semanas, con residencia en Budapest.

Esto, por una parte, gustó a su padre. Creyó que, hallándose lejos del hogar paterno, fuera del círculo de amigos que frecuentaba, el chico estaría más cohibido y dejaría de hacer disparates. Pero, por otra parte, le dolió, porque aquel desplazamiento alejaba a Edwin, a lo me-

nos momentáneamente, de Stasi von Planitz.

Hora es ya que hablemos de ella.

Stasi von Planitz era una buena muchacha, con algún caudal, un título de condesa, un rostro inexpresivo y un tipo desgarrado al que unía una regular dosis de cursilería.

Al padre de Weylersheim le pareció que Stasi resultaría para Edwin una especie de perla negra.

—Esta chica—pensó—es lo que conviene a mi hijo. Cuando Edwin se haya cansado de tener aventuras con modistillas, mecanógrafas y dependientas, sentará la cabeza y pensará en desposarse con una joven formal. Nadie mejor que Stasi reúne estas condiciones. Posee algún dinero, es muy recatada, reflexiva, es una hija obediente, y una vez casada, será una buena esposa que hará feliz a mi hijo y será una excelente administradora de su casa y una amantísima madre de mis nietecillos...

Y presentó a Stasi a su hijo, el cual se comportó con ella con la corrección y la caballerosidad que le caracterizaba. Bailaron en una fiesta y, al final de ésta, el príncipe anunció a su hijo que Stasi era la mujer que él le había escogido por esposa.

Edwin tenía las mismas intenciones de casarse que de ingresar en la silenciosa y admirable Orden de los

(1) Perdón, señor conde de Ciemazo, por la brevedad que supone emplear al célebre trazo en una novela cinematográfica. — (N. del A.)

frailes de la Trapa. Pero era enemigo de discusiones y contestó con una inclinación de cabeza que a nada comprometía.

Desde aquel momento, el padre de nuestro héroe quedó convencido de que Stasi sería su nuera. Pero el viaje de Edwin a Budapest iba a te-

ner, como verán nuestros pacientes lectores, si se toman la molestia de seguir leyendo estas páginas, consecuencias insospechables que harían torcer completamente el rumbo de los dos jóvenes a quienes sin amor ni simpatía se les había destinado a unirse en indisoluble lazo.

LA BELLA DESCONOCIDA

Gustóle mucho a Edwin el cambio de residencia. Precisamente en la capital de Hungría tenía un excelente camarada, llamado Bonifacio Kancsianu, con el que había pasado muy buenos ratos. Había heredado de sus difuntos padres un título de conde y una modesta renta, pero como era lo que vulgarmente se llama un viva la Virgen, se divertía en grande y con poco dinero, y procuraba que la vida le ocasionase la menor cantidad posible de complicaciones.

Precisamente en aquellos días, Boni, nombre con el que era familiarmente conocido por sus amigos el conde Kancsianu, andaba bebiendo los vientos por una hermosísima cantante de ópera, llamada Sylva Varescu, y a quien la crítica ha-

bía dedicado entusiastas y cálidos elogios, bautizándola con el pomposo título de la princesa de la Zarda.

Sylva, que a su talento de artista unía una gracia encantadora y una belleza sin par, no hacía caso del asedio constante de Boni, lo cual no impedía que la muchacha, con un algo de ingenuidad, aceptase su compañía como la de un buen camarada.

Aquella mañana Boni salió temprano de su casa, dirigiéndose al hotel donde habitaba Sylva Varescu. Al preguntar por ella al mayordomo, éste le contestó:

—La señorita Varescu ha salido ya del hotel. Ha ido a dar un paseo en trineo, aprovechando la hermosa nevada que cayó anoche...

Parece que las afueras están imponentes de blancura.

—Muchas gracias—repuso Boni.

Salió del vestibulo del hotel, alquiló un trineo y se fué en busca de la bella cantante.

No le costó mucho dar con ella. Sentada en otro trineo, Sylva corría alegremente sobre el albo manto que la Naturaleza había depositado hacía pocas horas sobre la campiña.

—¿A dónde vas, Boni?—exclamó, así que vió al conde.

—Un momentito nada más—repuso éste, adoptando la más donjuanescas de sus sonrisas.

Sylva comprendió en seguida de qué se trataba.

—¿Qué? — preguntó—. ¿Una declaración de amor?

—¿Cómo sabes tú eso?—exclamó Boni.

—¡Toma! Siempre que estamos solos te me declaras.

—¿Y cómo es que hasta ahora nada he conseguido?

—Porque somos buenos amigos.

—Pues, para mí, esto es muy poca cosa.

Hizo una pausa y añadió:

—Y, a pesar de todo, te quiero.

Sylva adoptó un aire juicioso.

—Boni—repuso—, eres un buen muchacho, divertido, encantador y siempre dispuesto a perder el tiempo...

—A tu lado no se pierde nunca el tiempo.

—Muchas gracias. Pero eres un desprecupado.

—¿Así me crees?

Ella no recogió la alusión, y continuó:

—Y yo no puedo querer sino a un hombre de reconocida seriedad y conducta irreprochable.

—¡Caramba! ¿Acaso no lo soy?

—Quizá sí; pero para mí, no.

El ceño de Boni se contrajo, al tiempo que exclamaba:

—Esto sí que me amarga...

—¡Ea, pues!—dijo entonces Sylva—. Largo de aquí...

—Con mucho gusto—replicó Boni—. Como que me has echado un jarro de agua fría.

—No era mi intención. Perdóname... —dijo entonces una voz tras de Boni, cuyo acento reconoció éste en seguida.

Nuestros lectores habrán adivinado seguramente de quién se trataba.

Era el príncipe Edwin de Weylersheim, el cual, así que hubo reconocido a Bonifacio, cogió un montón de nieve y lo arrojó sobre su amigo.

—¡Caramba! — exclamó éste—. ¡No era un jarro de agua fría, sino un bolo de nieve, y tú, el autor de la jugarreta! ¡Mira que tienes unas bromas más pesadas!

—¡Y tú unas amiguitas muy hermosas!

Sylva Varescu sonrió ante el desconocido.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Edwin.

—¿Y tú? ¿Qué te ha traído a Budapest?—repuso el conde.

—Una licencia de seis semanas. ¿Qué te parece?

—¡Espléndido! Excuso decirte que me encanta tu presencia aquí.

—A mí, también. Pero estamos cometiendo una falta de corrección ante esta señorita tan linda. ¿Quieres presentarme a ella?

—Señorita, tengo el gusto de presentarle al príncipe Weylersheim, de Viena...

—Encantado, señorita.

—Igualmente.

—Sin duda, que tendrás aquí en Budapest muy buen servicio—dijo Boni.

—Magnífico.

—¿Quién has dicho que era el señor?—interrogó Sylva.

—Un hombre simpatiquísimo.

Y dirigiéndose a su amigo, añadió con intención:

—¡Lástima que tengas que volverte!

—¿Por qué?

—¿Eres amigo mío?

—¡Ya lo creo!...

—¡Ea, pues! ¡Lárgate!

—Nada de esto. Estoy muy bien aquí.

En vista de que no había manera de deshacerse del príncipe, Sylva y Boni decidieron entrar en un establecimiento de bebidas y tomar algo caliente que hiciese reaccionar sus cuerpos, un tanto ateridos por la nieve.

Weylersheim tenía amistades por todas partes. Así, nada de particular tiene que apenas se hubo sentado, una voz familiar le interpelara, diciendo:

—¡Hola, Edwin! ¡Hola!

El príncipe se volvió y en su rostro jovial dibujóse una expresión alegre al reconocer a su amigo Feri von Kerekes.

—¡Hola, Feri!—exclamó—. ¿Tú por aquí? ¿Qué tal?

—No tan bien como tú, pero procuro tomarme la vida lo mejor posible. ¿Quieres un bombón?

—No, ¡gracias!

—Le decía a la señorita—repuso, Von Kerekes, dirigiéndose a la princesa de la Zarda, añadió:

—¿Quizá mejor un coñac, Sylva?

—No, ¡gracias!—repuso ésta.

Bonifacio se apresuró a recoger el cable que involuntariamente le había tendido von Kerekes:

—¡Venga ese coñac! A ver si me hace estornudar. Ya está, ¡Venga otro!

Sylva casi se enfadó.

—¡Boni, no hay que ser tan franco con los demás!—dijo—. Luego te pondrás celoso y tendrás razón para ello.

El no hizo caso, y apuró otra copa.

—¡A tu salud, Sylva!

Y observando que ella sonreía a Weylersheim, añadió:

—¡Alto! ¡Bromitas aquí, no!

—Es que me gusta mucho el príncipe—dijo ella con acento franco y sencillo—. ¡Qué mirada tan franca tiene! ¡Este es un hombre como debe ser!

El príncipe hizo una reverencia versallesca a Sylva, y exclamó:

—¡Oh, señorita, le agradezco mucho que haya caracterizado tan afortunadamente mi persona.

—Más podría decir—añadió ella, sin cesar de reír.

—Señorita, usted me confunde... No quiero decir que me confunde con sus elogios, sino que me debe

confundir con alguna otra persona, ya que me atribuye una serie de dones que, desdichadamente, no reúne mi persona.

Aquí, Boni empezó a amoscarse.

—Bueno, oye—dijo a Edwin—, esto no puede ser; es casi un robo.

—Pero Boni—observó Sylva—, a mí, no se me puede robar. Si acaso será voluntariamente.

—Ni aun así—chilló Boni, cada vez de peor humor.

—¡Adiós!—dijo Sylva levantándose, sin duda ante el temor de que acabara mal el asunto.

—¡Adiós!—repuso Boni—. Y devuélveme el trineo. No está pagado...

Sylva partió, y cuando se hubo alejado peneó:

—A ver si van a pelearse por mi culpa... Pero, no lo creo. Boni es buen muchacho, en el fondo, y en cuanto al príncipe... ¡es tan simpático!

GERMINA EL AMOR

Edwin no pudo conciliar el sueño aquella noche.

La bella desconocida había causado en él una profunda impresión, muy distinta de la que hasta entonces habían determinado en él las demás mujeres.

Otro hombre se hubiese preguntado si era que se había enamorado de aquella mujer. Mas ya hemos dicho que el príncipe de Weylersheim era un hombre a quien no le gustaba complicarse la vida. Es cierto que había quedado hechizado con solo la presencia de aquella linda muchacha, que ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero no dió al suceso la menor importancia. Sólo se dió cuenta de que la encontraba mucho a faltar, y se dijo:

—No sé... Desde que he dejado

de estar a su lado, me encuentro nervioso, intranquilo... Bien. Procuraré verla con la mayor frecuencia posible, cuanto más cerca, mejor, y santas pascuas.

Al día siguiente, Edwin se presentó, por la mañana, en casa del conde Kancsianu.

—¡Hola, Boni!—le dijo—. Ya estoy otra vez por aquí.

—¡Oh! ¿Eres tú? ¡Buenos días!

—Dime: ¿quién es aquella mujer de ayer tarde?

—¿Qué mujer?

—Pues, la del hielo. La que iba por la nieve...

—¡Ah! La mujer de hielo...

—Conque, ¿la mujer de hielo? No la conoces, ¿eh?

—No tengo la menor idea.

Pero Weylersheim era un hombre

listo, y poco le costó averiguar la identidad de la preciosa y encantadora joven.

Por la noche, se hizo reservar un palco en el «Orpheum», haciendo que le acompañaran al teatro, por si le hacían falta, unos cuantos compañeros de armas a quienes había conocido en la Academia y que ahora formaban parte de la guarnición de Budapest.

Se descorrió el telón, y el público, que llenaba el teatro hasta los topes, estalló en una salva de aplausos unánime. Sylva Varescu saludó, inclinándose graciosamente, y se adelantó al proscenio, destacándose del ramillete de preciosísimas girls con que había aparecido confundida al iniciarse la representación.

Las «girls» del coro empezaron a cantar:

*Cantando pasamos la vida
sin darnos en serio el amor
que es el hombre cruel e inconstante
cuanto más se muestra seductor.
Para estar siempre alegre y dichosa
es preciso ponerse en razón
y cambiar, cual se cambia el programa
de elegido de tu corazón.*

Las «girls» cesaron su canto y su silencio absoluto en la sala y Sylva evolucionó. Se hizo entonces un silencio absoluto en la sala y Sylva empezó a cantar:

*La felicidad vuela por ignotos senderos,
espérala riendo que hacia ti ya vendrá,
búscala siempre dentro de tu corazoncito
si escuchas sus latidos, ya verás como está.
No te afanes buscándola, que vive en todas partes
dondequiera que vayas hallarás el amor.
Nada hay tan bello y noble que dos que se comprenden
y en la vida comparten el placer y el dolor.
Hoy me dice la música lo que tus labios rojos
durante tanto tiempo habieran de callar.
La felicidad vuela por ignoto senderos,
espérala riendo que hacia ti ya vendrá.*

De pie, en el palco, Edwin había iniciado estruendosamente los aplausos. Cuando éstos cesaron, continuó inmóvil, sin tomar asiento, como quien dice: «¿Eh, que sé de entusiasmar al auditorio?»

No hay que decir que el gesto del príncipe de Weylersheim no había pasado desapercibido para Sylva.

Esta lo saludó con la discreción que le imponía la presencia del público. Boni, que estaba entre bastidores, la acogió con los ojos hechos ascuas, cuando cayó el telón y la Varescu abandonó el escenario.

—¿Lo has visto?—exclamó ella furiosa—. ¡Qué cinismo! Se pone en medio del palco y me mira con orgullo. ¿Qué pensará el público? He quedado pasmada.

Feri, que estaba con Boni, protestó:

—¡Has quedado pasmada! ¡Pero, Sylva! No he observado nada de esto; al contrario, hoy has cantado mejor que otros días, y consto que entiendo en la materia. Hace treinta años que ando por el «Orpheum» detrás del escenario. ¡Cuántos artistas han pasado por aquí! ¿Qué fueron para ti? Nada... Un cero a la izquierda. Y ¿por qué?

—Porque es más hermosa—repuso Boni.

—Por eso y porque no es como

las demás. Esto no lo comprendes tú. Habrías de ser de otra manera para lograrlo.

—Tienes razón—asintió Sylva.

—Mírame, te lo ruego—siguió diciendo Feri—. Yo siempre fui distinto de los demás. Los demás han dormido, yo he zanganeado; los demás han trabajado, yo he dormido; los demás han pagado, yo he quedado en descubierto.

—Pero siempre has estado alegre... —dijo ella.

Mientras tanto, Edwin, radiante de satisfacción y de entusiasmo, se disponía a festejar a la princesa de la Zarda como la bella artista merecía. Y dijo a los amigos que le habían acompañado al palco:

—¡Ea, muchachos! Ahora os toca ayudarme. Necesito flores, una carretada de flores...

—¡Pero las tiendas están ya cerradas!—observó uno de ellos.

—Nosotros irrumpiremos en ellas y obligaremos a los vendedores a abandonar el lecho—replicó Edwin con tono autoritario y decidido.

—¡Pues, ea!

No necesitaban aquellos alocados muchachos que nadie les exhortase a cometer los más alegres excesos, y bastaron estas dos palabras de Edwin para que cumpliesen al pie de la letra lo prometido.

Media hora más tarde, las flores llegaban a montones al palco de Edwin, y cuando los insistentes aplausos del público obligaron, terminada la representación, a que la cortina volviese a levantarse y Sylva Varescu reaparecía en escena para dar las gracias a la concurrencia, una verdadera lluvia florida cayó sobre ella...

—¡Está loco!—chilló Boni, en el paroxismo de la indignación.

—¡Qué vergüenza!—suspiró la princesa de la Zarda.

Pero sus palabras no eran sinceras.

En realidad, se decía que la atrevida y galante acción de Edwin le había hecho pasar una vergüenza muy agradable...

BURLANDO LA DISCIPLINA

Aquella noche, Edwin durmió como los propios ángeles. No recordaba en su vida haber pasado una velada tan deliciosa.

Una vez se hubo instalado en su plácido lecho, cerró los ojos como un bendito y soñó... soñó que él y Sylva partían hacia los hielos con su trineo... y que alcanzaban el Polo, que por un milagro de los bellísimos ojos de la Varescu se convertía en un vergel florido en el que los pájaros trinaban y las flores abrían sus corolas...

La realidad le arrancó de tan poético sueño.

La realidad era un recado urgente del coronel del regimiento, que le llamaba «ipso-facto» a su presencia.

Con la disciplina no se juega, a

pesar de los optimismos de que Edwin había hecho gala años antes, cuando dijo a su padre que la carrera militar era la más cómoda y ventajosa de todas...

El coronel le recibió con el ceño fruncido. Una vez Edwin se hubo cuadrado ante su jefe:

—Como particular — le dijo — disfruté a no poder más en la batalla de flores de anoche en el «Orpheum»; pero, oficialmente, señor teniente, he de decirle que aquello fué una inconveniencia. No puedo tolerar que mis oficiales, vestidos de uniforme, den un espectáculo gratuito y de semejante naturaleza.

—Tiene razón, mi coronel.

—Bien—siguió diciendo éste—: procuraré que esta noche tengan ue-

tedes una ocupación más apropiada... Puede usted retirarse.

La ocupación consistía en ir a montar la guardia a un bosque sito en el quinto infierno, a una porción de kilómetros de Budapest.

Pero no había más remedio que obedecer. Nuestro protagonista se trasladó, junto con los soldados de su regimiento al lugar indicado por el coronel, donde éstos pasaron buena parte de la noche cantando la siguiente canción, que Edwin había aprendido en la Academia Militar:

*De muchachas deliciosas
se halla cubierto el planeta,
pero el que está enamorado
sólo a la suya halla bella.
Sólo la suya le encanta,
ella sola es la perfecta
y ninguna otra le gusta*

De pronto, el príncipe consultó su reloj y dijo:

—Muchachos: mi guardia ha terminado y me voy a largar al punto, porque tengo que ir a Budapest:

—¿A Budapest?

—Sí. Tengo que estar allí dentro de una hora. Prepárame a «Bianka».

«Bianka» era la yegua de Edwin, un animal inquieto, fogoso y de magnífica estampa.

—Es imposible que llegue usted a Budapest en una hora.

—Con «Bianka» no hay nada imposible.

Momentos más tarde, el príncipe de Weylersheim galopaba hacia Budapest, henchido de entusiasmo, como si fuera en alas del amor...

... ..

Sylva acababa de levantar-se cuando llegó Boni a su casa. El «bou-doir» de la princesa de la Zarda estaba literalmente invadido por los ramos de flores que habían arrojado a la escena, la noche anterior, Edwn y sus amigos.

—¿Vamos a comer flores hoy? —interrogó Boni, malhumorado—. ¡Todo está lleno de flores y aquí no queda sitio ni para una mala silla en donde sentarse!

Ella le contestó, sin enfadarse:

—Pero tú ¿aún de las flores tendrás celos, Boni?

—Lo que haces ahora es chatearte conmigo.

—Es pagarte con la misma moneda, Boni.

—Devuélveselas pues —gritó el conde, cada vez de peor humor.

—Déjate de tonterías —repuso Sylva, como queriendo quitar importancia al asunto.

En aquel momento trajeron otro cesto de flores que iba dirigido a la señorita Sylva Varescu.

La joven lo tomó en sus brazos, y al aspirar el perfume que exhalaban las flores recién cortadas, exclamó:

—¿Qué se mueve por aquí?

—¡Alguna serpiente quizá! — exclamó Boni, cada vez más agresivo.

—¿A ver quién me habrá mandado una serpiente?

—Quizá alguna amable colega.

—¡Delicioso! — contestó Sylva, haciendo los posibles para no enfadarse.

—Algo menos — dijo secamente Bonifacio.

Por fin vieron de qué se trataba.

Dentro del cesto venía un precioso perrito, que saltó al suelo y empezó a ladrar alegremente, como si le plugiera haber sido destinado a caer en manos de una dueña tan simpática...

—¡Qué monada de animalito! — exclamó Sylva, acariciándole. — ¿Quién me lo debe haber mandado?

Un papel que se hallaba entre las flores le dió la respuesta. Decía así:

«El señorito agradece de corazón la hermosa noche que le dimos ayer. Hoy, por desgracia, sus superiores le han reprendido por ello. Pero él, a las dos en punto, estará en el «Orpheum», y yo, mientras tanto, ven-

go en calidad de menasjeto a hacerle compañía.»

—¡Qué preciosidad de animal! — repitió Sylva, besando al perrito—. Hay que confesar que Edwin de Weylersheim es un hombre muy galante, muy correcto, de una gran delicadeza y que domina a maravilla el difícil arte de hacerse agradable a las mujeres...

Mientras tanto, Boni, soliloqueaba:

—A mí no me ha besado aún. Primero, el perro. Definitivamente, las cosas van de mal en peor...

En aquel momento llegó Feri.

—Muy buenos días, Sylva — le dijo —. ¿Sabes quién está aquí? Pues Mister Mac Grave, el gran empresario de Nueva York, que te va a contratar para América con toda la compañía.

—¿Para América? — preguntó Boni.

—Sí; la ha visto y está entusiasmado de ella. Luego estará él con todos vosotros.

—¿Para América? — dijo entonces Sylva, que aún no había despegado los labios.

—Sí — dijo Feri.

—¿Tan lejos? — musitó la princesa de la Zarda.

—Mira, Sylva, que esto significa un gran porvenir para ti — insistió Feri.

—¡Fuera de Budapest! — murmuró la bella artista—. En fin, esta noche hablaremos...

¡Ya lo creo que hablaron! Feri y el empresario Mac Grave supieron desplegar tanta elocuencia que Sylva Varescu acabó por pronunciar el ansiado sí.

Acababa de cerrarse el trato cuando llegó Edwin de Weylersheim al «Orpheum». Lo primero que sus oídos percibieron fueron estas palabras del norteamericano, mientras apuraba una copa de champán para celebrar el acontecimiento:

—Soy feliz porque me llevo a América lo más hermoso que hallé en Europa. ¡Brindo por Sylva Varescu! ¡Brindo por ustedes, señoritas!

—¡Brindo por usted, Sylva! —dijo entonces Feri—. Sí, y vosotras—añadió dirigiéndose a las «girls»—, ya os habéis olvidado de mí. Os vais a América y lo que de mí sea, os es indiferente.

—En cuanto a mí—exclamó Boni con amargura—, pueden marchar tranquilos. De este modo me retiraré de la vida de noche. ¡Ja, ja! Del amor y de los besos, en absoluto...

—No quiero saber ya nada—completó Sylva, mientras el conde empezaba a cantar:

*Ya no miraré a la cara
a ninguna otra mujer,*

*aunque muchas se disgusten
para mí acabó el querer.
Y renunció a tanta dicha
de mi vida en plena flor,
mi resolución es firme.
¡Ea! Se acabó el amor.*

—Déjate de exageraciones—dijo Feri cuando Boni hubo terminado. —¿Acaso no sabes que sin mujeres «la chose ne va pas», como sin el sol la rosa no florece?

—¡Qué galante es Feri! —exclamó la princesa de la Zarda abrazándole.

Por su parte, las «girls», que no podían permanecer insensibles ante tan emocionante gesto por parte de Sylva, abrazaron a Boni y empezaron a jugar con él. El conde, para corresponder a tan tiernos agasajos, se puso a cantar una canción que decía así:

*Sin la mujer la vida no es posible,
como sin sol la rosa no florece,
por eso cuando os veo tan bonitas
mi admiración por vuestro encanto
[crece,*

—¡Es bonita esa canción que nos ha cantado Boni! —decían momentos después las «girls», mientras añadían, ante el espejo y merced a

los artificios del tocador, unos cuantos encantos más a sus lindos rostros...

... ..
¿Qué había hecho mientras tanto Edwin de Weylersheim?

Nada. Había estado esperando, junto con sus amigos, junto al escenario, en el interior del cual y a telón tirado tenía lugar el diálogo que acabamos de reproducir.

Cuando éste hubo terminado, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzó a galope sobre «Bianka» e hizo en el escenario una aparición triunfal y justificativa en absoluto de la calificación de «caballo loco dentro de una cacharrería», con que le designara en otros tiempos su padre, el príncipe.

—¡Las dos! — exclamó—. Soy puntual, ¿eh?

—¿Y si se hubiese caído con el caballo?—interrogó Sylva.

—Hoy había de verla forzosamente, Sylva—repuso Edwin.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? ¿De entre todas las mujeres, precisamente a mí?

—¿Por qué? ¿Esto me pregunta usted, amada Sylva?

Iba Sylva a contestar, cuando los demás soldados que habían acompañado a Edwin en su nocturna excursión, hicieron su aparición en el escenario del «Orpheum», caballeros

en sus bien cuidadas monturas, y empezaron a cantar la canción que su jefe les había enseñado en el bosque, mientras estaban montando la guardia:

*De muchachas deliciosas
se halló cubierto el planeta,
pero el que está enamorado
sólo a la suya halla bella.
Sólo la suya le encanta,
ella sola es la perfecta
y ninguna otra le gusta
a aquel que quiere de veras.*

Apenas hubieron terminado, Boni se acercó a Sylva y la dijo:

—Mister Mac Grave va a despedirse de ti—. Y dirigiéndose a Edwin añadió: —¿Ya sabes que Sylva se va a América?

—¿Y qué? ¿Tú te vas?

—Debo irme — intervino Sylva; —pero quiero reflexionar de nuevo sobre ello. Excusadme...

Y abrazó, riendo un poco forzosamente, a Feri. La situación, que se hacía embarazosa por momentos, vino a resolverse merced a un incidente, inesperado. El coronel que mandaba el regimiento a que pertenecía Weylersheim, hizo súbitamente aparición en el lugar donde éste se hallaba, y le dijo:

—Como particular, esto me hala-

ga sobremanera. Es un ejercicio magnífico de caballería. Pero, oficialmente... no puedo. La real caballería húngara tiene prohibido galopar por los teatros, señor teniente.

—Es verdad, mi coronel—replicó Edwin.

—Todo Budapest—siguió diciendo el coronel—habla ya de usted y de ésta... digámoslo así, señora.

—Es que lo es una señora, mi coronel—contestó amoscado Weylersheim—. Y a sus órdenes.

—¡Perdón, Alteza!—dijo el coronel, dándose cuenta de que quizá había ido un poco demasiado lejos.

—No vale la pena—dijo secamente Edwin.

—Con gran sentimiento mío—pronunció entonces el coronel—me veo obligado a informar a su señor padre de cuanto ocurre. Y además, una pregunta: ¿está usted prometido en Viena con la condesa de Platinz?

UN CASAMIENTO ILUSORIO

Mientras tanto, en Viena las cosas no se desarrollaban como hubiera querido el padre de Edwin de Weylersheim.

Esto se acordaba menos de Stasi von Planitz que de los sabios y razonados consejos que en sus mocedades le daba su preceptor, exhortándole a huir del «mondanal ruido» y de los goces fáciles.

La «novia» del príncipe estaba hecha un basilisco.

Con frecuencia irritaba a su futuro suegro preguntándole por qué Edwin no la escribía.

—¿Tiene tanto trabajo, el pobre!—decía el padre de nuestro alegre protagonista, para excusar de algún modo su silencio.

Pero un día llegaron hasta la fin-

ca pueblerina donde habitaba Stasi con sus padres, rumores alarmantes.

Con decir que se relacionaban con Edwin y Sylva Varescu, queda todo explicado.

Hecha una furia, la joven tomó el tren y se fué a la capital, personándose a poco de su llegada en el palacio del príncipe de Weylersheim.

Su entrada en la casa fué sensacional.

—Tengo un novio a pedir de boca—dijo a boca de jarro—. Es la cuarta vez que por causa de él vengo a Viena a vuestra casa, y él no está. Si no quiere casarse conmigo, que me lo diga francamente.

—Nada de esto, hija mía—repuso el padre de Edwin—. Justamente

ha telegrafiado que lo siente infinito. ¡Pero el servicio...!

—Sí, ya lo sé. El servicio de noche.

—Pero, ¡Stasi!

—No en balde se tienen amigas en Budapest—dijo la condesa con sorna.

Y tras un silencio, añadió:

—Bien sé yo por qué no viene: porque está enamorado de otra mujer.

—Pero, Stasi—protestó la madre del príncipe—, ¿cómo puedes pensar así?

—Pienso muy bien y acierto. Sé quien es él. Una artista de teatro. ¡Sí, es Sylva Varescu!

En vano el príncipe y la princesa se esforzaron en calmar los agitados nervios de Stasi. Esta declaró terminantemente que estaba resuelta a acabar, fuese como fuese, con aquella situación que juzgaba irregular a todas luces.

—Pero ¿qué quieres hacer, Stasi?—dijo el padre de Edwin, un tanto alarmado.

—¿Qué quiero hacer?—repuso ella—. Pues una cosa muy sencilla: ir inmediatamente con ustedes a Budapest y tener una entrevista con ese ingrato. Y, si no quieren acompañarme, me iré sola.

—No, hija mía, no—repuso el príncipe—. Lo que tú acabas de de-

cir me parece una cosa muy puesta en razón y, por lo tanto, iremos contigo a Budapest.

Y hacia la capital de Hungría partieron la futura nuera y los futuros suegros, bien ajenos a la idea de que una vez allí, el Destino había de torcer completamente el rumbo de los acontecimientos...



Tendida sobre un diván, tarareando la última canción de su repertorio, Sylva Varescu se hallaba en casa de Boni, esperando que las «girls» regresasen del ensayo de un nuevo número que debían estrenar en breve. Con ella estaban sus inseparables Feri y Boni.

—¡Ea!—dijo de pronto Edwin—¿tomamos un té legítimo o no tomamos nada?

—Pero, Boni—observó Sylva—¿sin Edwin? Aguardemos a que regrese del picadero.

—¿No han vuelto todavía las muchachas del ensayo?—interrogó Feri.

—No.

—¿Y no te disgusta que regrese tan tarde?

—Mira: ahora yo, sobre todo

cuando no estoy en mi casa, no tengo nada que decir—contestó Sylva.

—Todo me parece bien, Boni.

—¿Tan placentera estás a primera hora de la tarde?

—¡Claro! ¿No te alegra verme tal feliz?

Furioso por los celos, pues sabía que Edwin era la causa de aquella alegría, el conde Kancaianu exclamó:

—Sí, me alegro. Me alegro horrorosamente. Reviento de pura alegría ¿eh?

—Eres muy franco—dijo ella—. Tanto, que mereces que te dé un beso.

—Con mucho gusto—contestó él tendiéndole los labios, al tiempo que añadía:

—¿Nada más uno?

La sirvienta vino a amargar la dulzura que la boca roja, sana y deliciosamente perfumada de Sylva había puesto en los labios de Boni.

—¡Su Alteza, el príncipe Weylersheim!—anunció.

—Edwin...—pronunció Sylva.

Pero no era Edwin, sino su padre. Reverencioso, avanzó hacia Sylva y dijo con tono en extremo respetuoso:

—¡Oh! sentiría interrumpir tan agradable ocupación. ¡Déjeme que beee esta mano, señora condesa! ¡Hola, Feri, usted siempre tan jo-

ven! ¿Qué tal, Boni? No sabía que usted se había casado.

—Ni yo tampoco—contestó éste que se daba cuenta tan sólo a medias del error en que incurría el príncipe.

—¿Cómo?—preguntó éste, sin comprender la respuesta del conde Rancsianu.

—Yo..., yo mismo, no sabía que usted no sabía que yo..., me había casado—murmuró Bonifacio, cada vez más confundido.

E interiormente, añadió:

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! ¡Este carcamal se cree que Sylva es mi mujer! Por lo demás, no me desagradaría... ¿Cómo deshacer el error? ¡Imposible! No hay más remedio que seguir representando la comedia. Luego, ya saldremos como podamos de este lío...

Mientras tanto, el príncipe de Weylersheim, que seguía sin darse cuenta de la realidad, siguió preguntando:

—Así, pues, ¿cuánto tiempo hace que se casó usted?

—¡Ah, sí! Cuánto hace... tanto cuanto soy suyo. El tiempo pasa... vuela. Pero, ¿es que no recibió usted nuestra participación de matrimonio?

—¿Participación de matrimonio? No. No. No recibí ninguna.

—Pues, sí... sí... en el correo de-

hieron perderla. Pero, se enteró todo el mundo. ¡Lo que se habló en Budapest y en Viena! Hasta la emperatriz María Teresa, la cual...

Sylva llegó a temer que Boni, yendo por aquel camino, cometiese alguna torpeza irreparable, por cuyo motivo decidió intervenir, diciendo al padre de Edwin:

—¡Pero, Alteza! Está usted en su casa... Tenga la bondad de tomar asiento.

El príncipe no se hizo rogar y contestó:

—Con mucho gusto, señora condesa. Pues ha de saber que he venido directamente de Viena. Sí; y en casa de mi hijo se me dijo que él había ido a casa de usted. Así es que, si no hay inconveniente, aguardaré a mi hijo aquí.

—Ninguno; es usted dueño. Debe de estar al llegar—repuso Sylva.

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras la princesa de la Zarda cuando irrumpieron en la habitación las «giras» que volvían del ensayo, y se precipitaron en tropel sobre Sylva, abrazándola y besándole, al tiempo que gritaban:

—¡Hola, Tío Feri! ¡Hola, Sylva! ¡Hola, Boni!

—Mis sobrinas — dijo sencillamente Sylva, con un aplomo formidable, mientras Boni se decía:

—¡Esta mujer es admirable! ¡Tiene una habilidad extraordinaria para salirse de la situación más embarazosa y del más grave compromiso!

El padre de Edwin se inclinó:

—Beso a ustedes la mano, señoritas. Son unas niñas encantadoras sus sobrinas.

—¿Por qué?—inquirió Feri.

—¿No son sus sobrinas?

—Ya lo creo—afirmó la Varescu—mis sobrinas. Pero ahora, niñas, no tengo el tiempo para vosotras. Tomad veinte coronas, id a casa de Gerbeaud y compraos bombones de chocolate.

Gerbeaud era un confitero de lujo, cuyo establecimiento estaba allí cerca.

—Sí, sí, con mucho gusto. Adiós—contestaron ellas a coro mientras Weylertherin exclamaba con admiración:

—¡Encantado, verdaderamente encantado! Son incomparables sus sobrinas, señora condesa, también se ve que son aristócratas! ¡Y tan obedientes! Si mi hijo lo fuese la mitad que ellas!

—¡Menos mal que me he podido quitar de encima a esas locuelas! Porque ellas sí que habrían comprometido la situación sin remedio—pensó Sylva—. Ahora, lo que voy a hacer, es ver si yo me eclipso.

Y con sonrisa encantadora, dijo en voz alta:

—Quizás tengan ustedes que hablar...

E hizo ademán de levantarse. Pero el príncipe la contuvo con un gesto, exclamando:

—Nada de esto, señora condesa; al contrario. Precisamente, lo que yo quisiera es que pudiese usted hablar a mi hijo de modo que le convenciese.

—¡Ah! Ahora barrunto el por qué de la venida de usted. Trátase de...

—¿Una taza de té, quizá, Alteza?—propuso Feri.

—Gracias, la tomaré con gusto. Sí, señora condesa, se trata de esa... de esa cantante que le ha vuelto el seso a mi pobre Edwin.

—¿Azúcar, Alteza?—preguntó Boni.

—Sí; cinco terrones. A mi edad, tiene uno que tomar las dulzuras que se le brindan.

—¿Y usted cree que esa mujer... ¿cómo se llama, Boni?—dijo Sylva procurando no perder la calma.

—Sylva Varescu—contestó Boni, haciendo un esfuerzo para no soltar la carcajada.

—Eso, Sylva Varescu—repitió la joven—. La princesa de la Zarda... Creo que es muy hermosa, muy simpática... y muy buena.

—¡Oh! ¡Señora condesa! ¿Cómo es posible que hable usted así de una... cualquiera?

—¿Quién puede jactarse de haber sido un ángel en su juventud?

Feri interrumpió el diálogo, diciendo

—¿Un poco de limón con el té, Alteza?

—Muchas gracias—contestó Weylersheim—. Prefiero ron. ¡Ea más fuerte!

Sylva reanudó el diálogo:

—¿Está usted seguro de que Edwin ama a esa mujer?—interrogó.

—¡Cál!—repuso el príncipe—. ¡Si tiene una novia en Viena!

Una angustia indecible se apoderó del corazón de la Princesa de la Zarda.

—¿Qué tiene... qué?—preguntó.

—Pues, una novia en Viena. Uno de estos ha de tener lugar oficialmente la petición de mano.

—¡Pero, si de esto no sabíamos una palabra!...—gritó Sylva, sin poderse contener.

—Lo creo, y esto es precisamente lo más sensato del asunto—observó el príncipe—. Este es, ni más ni menos, el objeto de mi viaje.

—Efectivamente—dijo Sylva, con amargura—, el príncipe de Weylersheim y una cantante como Sylva Varescu formarían una pare-

ja muy desigual. Es muy sensible, pero es así.

—Ahora sí que habla en serio— pensó Boni.

Y como si todo se concertase para precipitar los acontecimientos, al cabo de unos segundos, Edwin hizo su aparición.

—¿Está aquí la señorita? — preguntó a la criada.

—Sí, Alteza. Y también está aquí su señor padre el Príncipe.

—¡Mi madre! — gimió Edwin, como un niño que ve desmoronarse en pocos instantes el castillo de naipes en el que ha estado trabajando horas.

—No; su madre, no — rectificó la sirvienta—. Su padre.

Bien pronto Edwin tomó su resolución. No era hombre a quien la adversidad desmoralizase fácilmente. Penetró en la estancia donde se hallaba el autor de sus borrascosas días y sus orgiásticas noches, y exclamó con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Muy buenos días, papáito! ¿Tú por aquí? ¿Qué vientos te han traído a Budapest a darme esta sorpresa tan agradable?

—He venido a verte porque hemos de hablar muy seriamente.

—Sí, sí — exclamó entonces Boni, viendo que se aproximaba para él el dulce momento de la vengan-

za, por las asiduidades de Edwin cerca de Sylva, que tanto habían irritado su celoso temperamento—. Aconséjelo bien, para que sea pronto un buen marido.

Y con sonrisa cruel, añadió, dirigiéndose a Edwin:

—¿Conque prometido con una muchacha de Viena, eh? ¡Y nosotros sin saber una palabra!

—¡Prometido! — repitió Sylva, en voz baja.

Y tomando súbitamente una resolución:

—¡Mi abrigo! — exclamó.

—¿Tu abrigo? ¿Qué quieres hacer? — preguntó Boni.

—Quiero irme—repuso ella, sin querer dar más explicaciones.

—¿Por qué, Sylva? — insistió el conde.

—Porque sí.

—¡Bueno! Toma.

El enamorado de Sylva no perdía de vista a la joven. Estaba violentísimo y a duras penas podía contenerse. Hubo de realizar un imperioso esfuerzo de voluntad para no correr tras de ella cuando la vió partir, casi sin despedirse de su padre, descompuesta, excitadísima...

Al príncipe de Weylersheim no le pasó tampoco desapercibida la actitud de su hijo. Sin embargo, con tono conciliador, le dijo.

—No comprendo tu excitación.

Si alguien hubiese de estar excitado, sería yo que soy tu padre. Hasta tu novia, en Viena, está enterada de todo.

—No puedo casarme con Stasi, papá.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿qué? ¿Nos vas a traer acaso algún día a esa mujer de teatro?

—La misma Stasi no se preocupará mucho de que no pueda casarse conmigo—dijo Edwin, evitando contestar explícitamente a la pregunta que le había hecho su padre.

—Nada. Te has de casar con ella.

—No, papá.

—¡Ea! ya reflexionarás. Te llevaré a Viena y ante todo hablaré con tu coronel. Y ahora os dejo... Sí, señores míos, no hay cosa más sencilla que ser padre.

—¡Yo no lo soy aún—dijo Boni—pero esto ya se puede pensar.

—¡Es un cabezota como yo, el chico! Pero, señores, ¿dónde está la señora condesa?

—¿La señora, mi señora la condesa? ¡Ah, sí! ¿Dónde está?

—Sí, ¿dónde? ¿Dónde esté la señora condesa? —repitió Feri.

—Mi señora... La señora condesa...—balbuceó Boni—. ¡Ah! excúsenla ustedes, ha tenido que salir...

Un poco confuso, pues el padre de nuestro protagonista comprendía, aun sin saber por qué, que su presencia en aquella casa había producido cierta molestia a sus moradores, replicó:

—Nosotros también vamos a marcharnos... ¿Verdad, Edwin?

—Sí, papá.

Una vez en la calle, el príncipe dió un golpecito en la espalda a Edwin.

—Parece mentira, hijo mío—le dijo—que seas tan poco razonable—. Toma ejemplo de tu amigo el conde Kancsiame que, aunque antes era un alocado, ahora ha puesto juicio y se ha casado con esa señora tan buena, tan simpática, tan hermosa, y sobre todo... ¡tan digna!

PENAS DE AMOR

Cuando Sylva llegó el teatro, aquella noche, en su bella rostro se hallaban profundamente impresas las huellas de abundantes lágrimas.

El desengaño que había sufrido era demasiado cruel.

¡Edwin prometido!

¡Edwin, destinado a casarse con otra mujer!

El, tan diferente de los otros, que parecía ser el más fiel, el más sumiso, el más apasionado de los enamorados...

Todo el castillo de naipes de sus ilusiones acababa de desplomarse al suelo en pocos instantes.

¡Ella que, horas antes, se consideraba tan feliz y dichosa!

¡Ella que se creía superior a todas sus compañeras, no por su alcurnia artística, sino por haber sido

la elegida del corazón de Edwin de Weylersheim!

Ahora la realidad le decía, con su crudo verismo, que el sueño en que había vivido durante unos días era demasiado bello para no verse epilogado por un amargo despertar.

Y es que Sylva, aunque fuese una mujer de teatro, aunque sus costumbres fuesen un poco libres, había puesto en el príncipe un afecto mucho más puro, mucho más excelso que en ningún otro de los numerosos galanteadores que la asediaban constantemente.

Y esto tenía una explicación.

Sus demás compañeras tenían todas un amigo, un protector; algunas, un «gigolo». Ella no. Tenía un novio.

¡Un novio! ¿Se da cuenta el lec-

tor de lo que significa esta palabra para una mujer que vive en un ambiente equivoco como es el de los bastidores?

Ye he aquí que la brusca aparición del padre de Weylerheim había cambiado radicalmente las perspectivas de la vida de la bella Sylva.

Era tal la decepción, la amargura que aquello le había ocasionado, que ni siquiera se detuvo a comentar para sí la cómica y equívoca situación creada por Boni.

Y, sin embargo, había que confesar que era de una comicidad profunda.

¡Sylva, convertida nada menos que en la condesa Kancsianu, por obra y gracia del aturdido Boni!

¡Y las «girls», aquellas alocadas muchachitas, que contaban todas en su haber infinidad de graciosas aventuras, elevadas a la categoría de sobrias de la supuesta condesa!

El dolor que experimentaba la princesa de la Zarda era demasiado agudo para que pudiera detenerse a reflexionar sobre aquel hecho, pero, en cambio, la cosa hacía la mar de gracia a Boni.

—Bueno—decía éste para sí, paseándose en pijama por su dormitorio—. ¡Esta sí que es buena! Hasta ahora no me he dado cuenta del lío en que me he metido, pero aho-

ra que voy reflexionando, me apercibo de que mi situación no tiene nada de halagüeña. ¿Cómo tomará Edwin la cosa? Es capaz de venir y armarme un escándalo de órdago, y a lo mejor acabamos a palos, pues él es un chico impulsivo, a quien no hay quien detenga cuando se le mete una cosa en la cabeza. Sin contar con que si revela la verdad a su padre, quedará ante éste a la altura del betón. ¡Con la hinchacha que el papá le tiene a la Varescu, aun sin conocerla! Definitivamente, voy a caer en el ridículo...

Empezó a vestirse y siguió monologando:

—Quirrá lo más práctico consistiría en largarme de Budapest, y que cada cual se las arregle como pueda... Sí, sí, ésta es la mejor solución...

Pero en el momento en que comprobaba si sus pantalones ostentaban la raya pulcra y perfecta que convenía a su elegancia, rectificó:

—Eso no estaría bien... Para mí, constituiría la solución ideal, pero, ¿y la pobre Sylva? ¿Tengo yo derecho a dejarla en la estacada? No, no. Yo me he de quedar aquí, sea como sea, y arrostrar las consecuencias de mi impensada ligereza...

Abrochó los tirantes de sus pantalones y fué a ponerse el chaleco.

—Aunque en realidad—volvió a



Sylva saludó al público y se adelantó hasta el proscenio.



Edwin era un muchacho optimista, alegre y simpático...



- ¡Que monada de
animalito! - exclamó
Sylva.



Sylva Varescu era
una hermosísima
capitane de ópera,
a quien la crónica
elogiaba.



- ¡Brindo por ustedes, señoras!



Sylva corre alegremente sobre el alfombrón de la nieve.



Las "girls" empezaron a piquelear con Bont.



-¿Hasta de las flores tienes ceños - preguntó Sylva.



- ¡Es bonita esa canción que nos ha cantado Boni!—decían las "girls".



- ¡Que galante es Feri!—exclamó la princesa de la Zarda abrazándolo.



- Te juro, Sylva, que
se trata de una mujer
por quien no siento el
menor cariño.



Sylva abrazó, un poco
forzadamente,
a Feri.



- ¿Cómo? ¿Son ustedes novios?



- Sylva: ¿por qué te has casado con Bení?



Edwin danzaba maravillosamente.



Boni se quitó la barba postiza.

decirse—, me temo que todos los sacrificios que haga yo por la Varescu, serán como arrojar margaritas a los puercos. La verdad es que Sylva no me quiere, que no me ha querido nunca, y que me soporta porque soy un buen camarada suyo, pero nada más. Tarde o temprano, romperemos, eso lo veo bien claro. Naturalmente que no será para casarse con el príncipe de Weylersheim, porque el padre quiere que se case con ese adefesio de Stasi von Planitz, y seguramente lo conseguirá, pero Sylva acabará por largarse con alguien... con alguien que, desde luego, no será yo. ¿Con quien? ¿Cualquiera lo averigua! Con el empresario americano ese, o quien sabe si con el mismo Feri von Kerekes...

Aquella idea, que parecía haberle de disgustar, le sumió, por el contrario, en una gran alegría.

—¡Calla! —exclamó de pronto.
—¡Yo no había caído! ¡Cuidado que soy distraído! Es verdad que Sylva se marcha a América con Mac Grave, las «girls» y toda la parentela... En este caso, asunto concluido. No hay porque preocuparse. El padre de Edwin no se enterará de nada...

Se puso el frac y se contempló ante el espejo.

—Pero esto tiene otra complica-

ción—monologó otra vez—. ¿Qué le diré al padre de Weylersheim cuando venga a casa y no vea a la «condesa»? ¿Que está de viaje? Es un truco muy gastado... En fin: ya veremos por donde salimos. Una vez Sylva se haya marchado, será cuestión de buscar, para distraerme, una muchacha menos complicada que la princesa de la Zarda... Me dedicaré a la democracia. Hay modistillas y dependientas, y hasta algunas obreritas, que son tan lindas, graciosas y amables como las mujeres de más alto copete... Ahora, tomaremos una copa de ron, para poder reaccionar, porque hace un frío de todos los diablos, y a la calle...

..

Estaba Sylva acabándose de maquillar cuando le anunciaron que Edwin deseaba verla.

—Dí que no estoy... que he salido ya a la escena... lo que quieras—contestó la bella artista a una de las «girls», que era la que le había dado el recado.

—No se lo creerá—repuso ésta.
—Sabe que está usted aquí, y no creo que le haga retroceder ni una batería de cañones pesados...

Sylvia no contestó y siguió maquillándose.

—¿Le digo que pase?

La joven se encogió de hombros como quien dice: «Haz lo que quieras».

Instantes después, el príncipe de Weylersheim penetraba en el camerino de la princesa de la Zarda.

Los dos amantes cambiaron una mirada que parecía de desafío.

Sin embargo, ni uno ni otra pudieron sostenerla, y acabaron por bajar la vista...

Nunca Edwin había visto a Sylva tan hermosa.

Ni nunca Sylva había visto a Edwin tan arrogante.

—¿Qué quiere usted?—preguntó ella, retadora.

—Hablarte—repuso él, con mal fingida calma.

—¿Hablarme de qué?

—¿De qué? De lo de esta tarde.

—Lo mejor será silenciarlo—exclamó Sylva, con desabrimiento—. Y lo más práctico, que te cases con Stasi.

—¡Pero, Sylva! ¡Sylva mía! Te juro que se trata de una mujer por la que no siento el menor cariño...

—Ni por mí.

—Silva, escucha: se trata simplemente de un noviazgo familiar, tradicional... Nos prometimos mutuamente en nuestra infancia, pero yo

no tengo amor ninguno a Stasi.

—¿Y ella?

—No me quiere tampoco.

El «regisseur» interrumpió el diálogo, avisando:

—¡Señorita Varescu! Ya es hora.

—Sí, sí, voy al punto.

—Créeme, Silva...—insistió Edwin.

—¡Señorita Varescu!—repitió el inspector.

—Sí; voy ya.

Sylva iba a salir a escena, cuando penetró un ordenanza en el camerino.

—Una orden para Su Alteza—dijo a Edwin, entregándole un pliego.

—¿Una orden?—preguntó éste.

—¡Sí, un mandato del señor coronel!

Weylersheim rasgó el sobre, leyó el escrito y dijo:

—El coronel me comunica que mañana, a las nueve, he de regresar a Viena con mi guarnición.

—¿A Viena?—preguntó Sylva.

—Sí. Así lo entienden: papá, mamá y el coronel; apenas me dan tiempo para preparar mi equipaje.

El «regisseur» repitió:

—Señorita Varescu; hay que empezar.

—Sí; ya voy.

—Silva—dijo Edwin—voy a Viena y hablaré allí con mis padres.

Allí arreglaré mis asuntos y dentro de unos días estaré de vuelta.

—¡Sí, ven!

—Señorita Varescu; pronto, le suplico: hay que empezar ya—institió el «regisseur», desesperado.

—Voy en seguida.

—Cuando regrese, nos uniremos para siempre—afirmó Edwin.—

—¿Para siempre?—repuso Sylva.

Y salió corriendo a la escena,

donde las «giras» habían empezado a cantar.

Las «giras», mientras cantaban y evolucionaban no habían cesado de distribuir mimos y sonrisas a los espectadores de los palcos de proscenio y de las primeras filas de butacas. Estalló una ovación, y a penas se hubieron acallado los aplausos, Sylva Varescu entonó la canción favorita, la que mayores éxitos artísticos le había proporcionado... ¡

*La felicidad corre por ignotas senderas,
espérala riendo que hacia ti ya vendrá,
báscala siempre dentro de tu corazoncillo,
si escuchas sus latidos ya verás como está.*

*No te afanes buscándola, que vive en todas partes,
dondequiera que vayas hallarás el amor.
Nada hay más bello y noble que dos que se comprenden
y en la vida comparten el placer y el dolor.*

*Hoy me dice la música lo que tus labios rojos
durante tanto tiempo hubieron de callar.
La felicidad corre por ignotas senderos,
espérala riendo que hacia ti ya vendrá...*

Nunca la princesa de la Zarda había entonado aquella canción con semejante emoción artística. El público, puesto en pie, le tributó una ovación estentórea, clamorosa. Sylva saludó, dando las gracias, y corrió a refugiarse en su camerino, donde inca-

paz de resistir al dolor que la embargaba, estalló en amargos sollozos.

Como en la canción, ella había esperado, riendo, que la felicidad fuese hacia ella. La felicidad había llegado, pero había tenido la duración de un relámpago...

EL SECRETO DE FERİ VON KERÉKES

Furioso, congestionado, con los ojos fuera de las órbitas, como si hubiese caldo sobre él la más desconcertante de las nevas, Mac Grave penetró en el escenario del «Orpheum». La representación había terminado, la sala estaba vacía, el telón tirado, y los actores se cambiaban de traje mientras las artistas reemplazaban su maquillaje de escena por el maquillaje de calle.

Las «girls» le miraron con asombro, así como Feri, que revoloteaba entorno de ellas, por el escenario.

Boni, el inseparable de Sylva, alzó los ojos al cielo en cuanto le vió.

—¡Otro chaparrón que se me viene encima!—pensó.—¡Como si no tuviera bastante con el de esta tarde!

Como un tigre que se dispone a caer sobre su presa, Mac Grave avan-

zó en dirección al conde Kanchiam y rugió:

—¿Qué dicen, señores? ¿Que la señorita Varescu ha renunciado a su contrato? ¿No quiere venir a América? Ea, señor conde: hay que hacer que cambie de parecer.

—¿Yo?—repuso Boni.—¿Quién ha de hacer cambiar de opinión a Sylva?

—Usted, señor conde.

—Bueno: puedo intentarlo: yo si usted lo cree así—dijo Feri von Kerekés.—Insistiré cerca de ella.

—Le estará perpetuamente agradecido—afirmó Mac Grave con solemnidad.

—¡Gracias! ¡gracias! ¡a la recíproca!

—¿Hablarás tu con ella?—interrogó Boni.

—Cuando menos—contestó Feri—lo intentaré.

—¿Y qué pago yo entretanto?

—¿Tu?—dijo Feri. Puedes preocuparte de las muchachas del coro. ¡Ea niñas! Preparaos que Boni quiere regalaros una botella de champán.

—Eres muy espléndido a costa mía—observó Boni.

Feri no recogió la alusión y dijo a un comparsa:

—Miksa vaya a buscar a la señorita Varescu y dígame de mi parte que haga el favor de bajar un momento. Tengo algo urgente que comunicarle. Además, tráigame una botella de champán, pero que sea de la marca que yo gusto.

—¿A quién? ¿A Sylva Varescu? ¡Ya lo supongo!

—No, señor. No me refiero a nuestra bella «vedette» sino a la marca de champán que usted bebe...

—¡Ah!

Como las moscas a la miel acudieron al punto las «girls».

—¿Qué?—dijo una de ellas—¿Hay champán? Precisamente tengo mucha sed.

—Cuando hay sed—repuso en tono jocoso Boni von Kancsiann—lo mejor de todo es agua mineral. La sed es siempre efecto de digestiones difíciles y el champán, en lugar de facilitarlas las agrava...

—Bueno, pues guárdate esos consejos médicos para mejor ocasión.

—¿No me llamarás a la cabecera de tu lecho el día que estés enfermita? Mira, yo te curaré muy bien, mi palabra de honor.

—¡Antes iría a buscar a un veterinario!

—También entiendo de eso. Una vez se me puso enfermo un asno en la finca y lo curé en dos días.

—¡Es que asnos con asnos se entienden muy bien!—exclamó la «girl» riendo y echando a correr hacia el bar.

El salón estaba casi desierto. Un viejo violinista hacía sonar melancólicamente su instrumento. Cuando vio a Feri:

—Beso su mano, señor conde—le dijo.

—¿Qué canción cantas?—le preguntó éste.

—¿No lo conoce?—contestó el artista.—¡Hermoso cantar, por cierto, y cantar antiguo! Por casualidad me he acordado de él hoy. Y eso que hacía treinta años...

—¿Treinta años de qué?

—¡De la Kugler Tilly!

—No me hables más de Matilde, no quiero saber una palabra de ella.

En aquel instante entraba Sylva acompañada de Miksa.

—Señorita Varescu—dijo el conde—aquí está el señor conde.

—Bésele la mano, Sylva—dijo éste.—Hemos de hablar.

—Hablar, cantar y tocar—contestó la joven, poniendo a mal tiempo buena cara.

Era el engrasaje de su vida cotidiana que la apresaba de nuevo entre el complicado mecanismo de sus ruedas...

—¿Tocar qué?—interrogó Boni con intención.

—Piezas de música—contestó la princesa de la Zarda.—¿Acaso no tenemos aquí a un excelente violinista?

Y a los acordes del viejo artista, Feri empezó a cantar la misma canción que había cantado el día que Sylva fué contratada para ir a América.

*Sin la mujer la vida no es posible,
como sin sol la rosa no florece,
por eso cuando os veo tan bonitas
mi admiración por vuestro encanto crece*

Todo el mundo aplaudió. La Varescu con más gusto que nadie.

—¡Hoy quisiera abrazar a todo el mundo—pronunció Sylva.

—¿Sí? ¿A pesar de haberse marchado Edwin?—interrogó Feri con extrañeza.

—Sí—afirmó ella.—Se ha marchado, pero volverá, y si todo va bien, nos casaremos.

—Aquél día habrá fiesta grande, ¿eh?—dijo maliciosamente von Kerekes, guiñando un ojo.

—Sí, sí, a la salud de Edwin—repuso la joven.

—¿Así, pues, se quieren casar? ¡Es extraordinario—exclamó Feri riendo.

—No sé porqué. ¿Acaso es la pri-

mera vez que un príncipe se casa con una artista?

—En las operetas, no le diré que no. Pero, dígame Sylva, ¿ha pensado usted lo que después les pasará?

—Sí; seremos eternamente dichosos.

—¡Eternamente dichosos! El pedirá la excedencia...

—¿La excedencia?

—Naturalmente; la ha de tomar; pero no importa. Saldreis a la escena juntos: tu, como «vedette» y él como actor cómico. Formareis una pareja ideal.

—¡Eso, de ninguna manera!—protestó Sylva.

—Pues entonces él podrá estar contigo entre bastidores y sostenerte el

espejo y la polvorera y la barrita de carmín, como si fuese una camarista.

—Feri, no permito chungos.

—No son chungos. Esto lo he visto yo ya en mí mismo; lo sé por experiencia. También yo—hace ya unos treinta años—me enamoré de una «vedette», y naturalmente, hubo de pedir mi excedencia. Ella se llamaba Matilde Kupler. Nos casamos, y al cabo de tres años me plantó y se casó con otro y luego con otro, y actualmente no sé lo que es de ella. De esto sacarás en consecuencia, que ninguna mujer puede ser fiel a un hombre, al que no ha tenido consideración alguna. Edwin será tan desgraciado como yo.

—Yo no seré quien lo haga infeliz.

—Pero lo será si se casa contigo.

¡Pájaro cantor, de plumas de oro, con la dicha en el pico y en el corazón! Tu te debes a la escena donde los aplausos te embriagan. Allí está tu reino; no en el palacio de Weyersheim en Viena.

—(Ya sabes que pienso ir a América?)

—(Cómo que piensas? Debes ir.

—Sí; pero Edwin volverá y me llevará con él.

—Así pues, ¿tú no estarás ya aquí?

—No estaré más aquí.

—Será la mejor manera de demostrarle tu amor.

—¡Es! ¡Eso!—dijeron las «girls».

Y entonaron todas su canción favorita:

Cuando las «girls» hubieron terminado, Feri preguntó:

—Así, pues, ¿os vais a América, tú y las chicas?

—Sí—afirmó Feri.

—Sí—asintió Sylva Varescu.

—¡Magnífico!—exclamó von Kerekcs—. ¡Hay que celebrar el acontecimiento! ¡Y hay que celebrarlo cantando, bailando y tocando, como ha dicho muy bien cuando ha entrado nuestra lindísima «vedette».

Y se puso a cantar esta canción:

*Tocad, oh triganos! algo que me
[gusta*

*pero que no sea de cosas de amor,
tocad algo que haga reír con estrépido
algo que distraiga mi triste pesar.*

*Tocad una zarza cuyo canto alegre
la amargura endulca de mi corazón
¿qué importa ser rico, derramar el oro
si con él no puedes calmar tu dolor?*

*Jamás con el oro tendrás el afecto
de un corazón bueno, noble y
[fraternal.*

*¿Sabes tú de cosas, mientras vueda
[el mundo*

si la nueva carora tardará en llegar?

—Jamás con el oro tendrás un afecto...—repitió Sylva con melancolía.

E involuntariamente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

NOVIAZGO EFIMERO

Como un león encerrado en su jaula, Edwin de Weylersheim se paseaba por el salón comedor de la casa que sus padres poseían en Viena.

No se atrevía rebelarse contra la férula paterna, pero le irritaba sobremanera el tenerse que estar en la capital austriaca, lejos de Sylva y de sus compañeros de armas, que tan agradable y distraída le hacían la vida.

Su padre el príncipe se hallaba sentado en una butaca, fumando distraídamente un habano. Matilde, la madre de Edwin, hojeaba unos semanarios ilustrados.

En aquella casa, desde que había llegado el muchacho, reinaba un aburrimiento soberano, bajo cuya capa se ocultaba una situación de

violencia, que en vano se esforzaban en disimular unos de otros.

De pronto, el príncipe cogió uno de los periódicos que hojeaba su mujer y fijó la vista en una página cuya cabecera rezaba así:

«Sylva Varescu, la encantadora princesa de la Zarda, marcha a América, ventajosamente contratada.»

Y debajo:

«Un telegrama de Budapest anuncia que Sylva Varescu acaba de firmar un contrato para ir a América, en excelentes condiciones. La artista partirá uno de estos días de Budapest junto con toda la compañía. Va con ella el conde B... Y juntos

abrazarán el gran charco. El mundo noctámbulo de Budapest ha perdido con ello uno de sus más populares atractivos.»

—¡Maldito sea...! — exclamó la princesa, que había visto por encima del hombro lo que leía su marido.

—¡Matilde! — protestó él, reconviniéndola por la exclamación, que, como ven nuestros lectores, tenía muy poco de versallesca.

—Sí... El teatro será siempre lo mismo — añadió ella.

—¿Quieres decir que no es verdad? — interrogó Weylersheim, padre.

—Supongo que sí, puesto que todo concuerda.

En aquel momento, el ayuda de cámara anunció:

—La condesa de Planitz!

Weylersheim se dirigió a Edwin:

—Ahora creo que sabrás, hijo mío, — le dijo — cómo has de comportarte en presencia de tu novia. ¿No me darás ningún sofocón, eh?

Stasi entraba en aquel momento. Matilde la abrazó, diciéndole:

—¡Hola, hija mía! ¡bienvenida!

—¡Buenos días! — repuso la joven.

—Edwin te aguarda con impaciencia — siguió diciendo Matilde.

—¡Buenos días, Edwin! — pronunció la condesa.

—¡Buenos días, Stasi! — repuso

Edwin, besando sin entusiasmo la puntita de sus dedos enguantados.

—Tu impaciencia parece que no tiene límites — observó ella con sorna.

—¿Por qué?

—Eres un falso! — clamó la joven, dándose cuenta de la violenta situación en que estaba Edwin.

—¡Stasi! — protestó éste, queriendo echar un cable a la situación.

—Sí, porque tienes secretos para mí.

—¿Secretos?

—¿No es así?

—Yo creo que no.

—¿No? Antes me lo confesabas todo, cuantas veces tenías algún idilio, y lo has estado a menudo. ¿Por qué ahora no me dices nada?

—Ya pasó todo aquello:

Stasi dijo entonces con picardía:

—¿Te ha plantado?

—¡Pero... Stasi! — exclamó Edwin, herido en su amor propio.

—Sí, hombre; si viene en el periódico.

—¡Ea! ¡fuera bromas! — chilló él, ya amoscado.

—¿Era bonita?

El contestó afirmativamente con la vista.

—¿Más que yo?

—Era otra cosa.

—¿Más hermosa, eh? ¿La querías mucho?

Edwin, estaba sobre áscuas. Por fin dijo:

—¡Pero, si ya te he dicho, Stasi, que todo esto está liquidado! Pasó para siempre.

—Así pues, ¿ahora te casarás conmigo?

El contestó a la interrogación con otra pregunta:

—De modo que me quieras...

—Lo suficiente para casarnos.

Y como Stasi quería a Edwin lo suficiente para casarse, Matilde y su marido convinieron en que aquella unión no podía ser más acertada, y que como los chicos iban a ser muy felices, era cuestión de casarlos lo más pronto posible...



Hay un cuento popular, que leímos una vez en cierta revista francesa, en el que, en muy pocas líneas, se define la sátira más formidable que haya podido escribirse contra los casamientos de conveniencia.

Un joven juerguista se halla en alegre compañía. Al decir «alegre compañía» no nos parece necesario añadir que esa compañía es femenina y multipersonal. Una de las componentes de esa compañía, preguntaba al juerguista:

—¿Cómo no viniste ayer?

—Me fué imposible—contestó él. Y no creáis que no os halló a faltar, no. Precisamente, me estuve aburriendo soberanamente.

—¿Qué hiciste, pues?

—Me casé...

Esta era la halagüeña perspectiva que aguardaba al príncipe de Weylerahem desde que los autores de sus días habían determinado resolverle ellos mismos el problema de la felicidad conyugal, prometiéndole con la anodina e insignificante Stasi.

—Yo no sé qué hacer—se decía—. Lo más práctico sería mandar a pasear con viento fresco a la distinguidísima condesita Stasi von Planitz, aun a trueque de que la chica se desmaye y haya alguna indiscreción en las informaciones de los cronistas de sociedad que tiemblan las esferas de la aristocracia... de cuyos rancios pergaminos, por otra parte, me río con la mayor tranquilidad del mundo... Pero, ¿y mis padres? Voy a darles un disgusto de órdago, y son tan buenos que, verdaderamente, no se lo merecen... No hay más remedio. Me habré de casar con ese adelfio...

Calló un momento y luego continuó:

—Y si me caso con ella, a los tres días caheles de la boda, me irá otra vez por ahí de picos pardos, haré de Stasi una infeliz y yo seré un perfecto canalla... Por ahorrarte a mis pa-

dres una contrariedad pasajera, dará mil disgustos a la pobre Stasi... Mira: ahora la he llamado pobre. Eso quiere decir que la compadezco. Y cuando se compadece, no se está muy lejos de amar... Por lo menos, así lo leí una vez en una novela por entregas... A ver... a ver. ¿Quién sabe si al final acabaré por enamorarme de Sylva, digo, de Stasi?

Y así se pasaron los días que mediaron entre su llegada a Viena y la fecha anunciada para su casamiento, dudando si rompía definitivamente con la condesa von Planitz o si se dejaba llevar por la fatalidad de los hechos, con resignación musulmana...

Faltaban tres días para la celebración del enlace cuando el príncipe de Weylersheim llamó a su hijo:

—Bueno—comenzó diciendo—. Ya están dispuestos todos los preparativos. El casamiento se celebrará en la más estricta intimidad.

—¿En la más estricta intimidad? ¿Por qué? ¿Y mis compañeros de armas? ¿Y mis amigos?

—Todo se irá y todo lo compaginaremos para que vaya a gusto de cada uno. La ceremonia será íntima, pero el día anterior a la misma se celebrará el acontecimiento por adelantado, con una comida en uno de los más lujosos hoteles de Viena.

—Una especie de despedida de soltero, vamos—repuso Edwin.

—¡Calla, desvergonzado, y no menciones esos actos, que, en realidad, no son tales despedidas, sino un pretexto para celebrar la última orgía del que se dispone a tomar estado!

—¿La hiciste tú, la despedida de soltero, que pareces tan bien informado sobre sus pormenores?—interrogó cínicamente Edwin.

—Eres un sinvergüenza y si me tires de la lengua, acabaré por decirte que incluso eres indigno de la mano de Stasi.

—Pues, deshagamos lo hecho, ahora que aún estamos a tiempo — repuso el amante de Sylva.

Aquí el padre de nuestro protagonista recogió velas y, adoptando la más paternal de sus sonrisas:

—¡Pero, pedazo de atún! ¿No te has dado cuenta aún de lo que te quiere la pobre criatura? ¡Y de lo que la quiere tú, porque tú también la quieres, aunque no te des cuenta de ello!

—Debe ser así — dijo Edwin, por decir algo—. ¡Cómo soy tan distraído!

—Bueno. Quedamos en que mañana tendrá lugar el banquete. ¿Te parece el hotel Kayserkrone?

—Me es absolutamente indiferente. Y añadió para sí:

—Mejor que caviar y pavo, yo, para aburrirme el empaque de semejante banquete, yo comería más a gusto bacalao y ropa vieja en cualquier taberna de cocheros, mientras los platos no estuviesen rotos y los manteles fuesen limpios...

Cuando, al día siguiente, Edwin y sus padres llegaron al hotel, el mayordomo andaba de un lado para otro, distribuyendo órdenes y atendiendo a frecuentes llamadas telefónicas.

En el momento en que el padre de nuestro protagonista se acercaba al mostrador, sonó por enésima vez el timbre del teléfono.

—¿Qué hay? — preguntó el mayordomo—. ¿Eh? No hay sitio... Si señor. Aquí es el hotel Kaiserkrone, de Viena... Pero no puede ser... Arriba está toda la compañía del «Orpheum» de Budapest.... Sí, señor. Eso mismo, Sylva Varescu y sus «giras»... Sí, señor. La princesa de la Zarda y sus princesitas que se van a América... Y en el primer piso, el banquete que tiene lugar con motivo del próximo enlace del príncipe de Weylersheim con Sylva Varescu... ¡digo! con la condesa Stasi von Planitz...

Al divisar a los príncipes, el mayordomo se puso pálido como la cera.

—Excusen la confusión de nom-

bres—dijo—pero es que hay tan aglomeración...

Y dirigiéndose al que comunicaba telefónicamente, siguió diciendo:

—No señor, no. Lo siento, pero todo está ocupado. No hay sitio. No sé por donde moverme siquiera... Entre unos y otros, me vuelven tarumba.

Colgó el auricular e inició la más elegante de las reverencias al tiempo que pronunciaba:

—Beso la mano a Sus Altezas.

En aquel preciso instante, apareció otro personaje a quien ya conocemos. Era Feri von Karekes.

—Beso a usted la mano, señor conde—dijo el mayordomo.

El príncipe de Weylersheim cogió del brazo a su hijo y se lo llevó casi a rastras hacia el salón donde había de tener lugar el banquete. En cuanto a la princesa Matilde, se mostraba más inquieta aún que su esposo y su hijo, a pesar de la impresión—bien distinta, por cierto, en el uno y el otro—que les había producido el oír nombrar a Sylva Varescu y el saber que ella y sus «giras» estaban allí. Pero Matilde, que al oír nombrar, como vulgarmente se dice, la cuerda en casa del ahorcado, había palidecido, acabó de desconcertarse al distinguir a Feri von Karekes.

Este pidió la llave de su habitación al mayordomo.

—¿He de sacar acaso los paquetes, señor conde?—preguntó aquél.

—No, gracias, gracias.

Casi al mismo tiempo, Boni hizo su aparición en el vestíbulo.

—¿A dónde vas—preguntó a Feri—. Mira que se aproxima la hora del banquete de despedida de Sylva.

—He de ir por un par de chuchorías para las chicas.

—Bueno; no faltaba más que eso. Ves; pero date prisa.

—¿Qué hace Sylva?

—Ha estado toda la tarde probándose vestidos.

—Menos mal—observó Feri—que estos tres días que hemos estado en Viena han transcurrido bien y de que todo salga a pedir de boca, pero tú sabes...

—Sí, sí; que Edwin pasó a caballo delante de tí casualmente y que tú te pusiste pálido como la cera—dijo Boni con sorna—. Yo me quedé viendo visiones...

Y se metió en el ascensor. El botones le observó:

—Perdone, señor conde; le ruego no pase de la cuerda.

—¿Me tomas por un imbécil, acaso?

—Sí, señor — repuso el botones,

viendo que el conde había tocado, sin querer, la cuerda que servía para detener el ascensor, el cual quedó encallado hasta que el muchacho hizo funcionar de nuevo el mecanismo.

—¿Qué?—preguntó Boni.

—Nada—repuso el botones, atento sólo al buen funcionamiento del aparato.

Mientras tanto, el príncipe de Weylerheim decía a su esposa:

—Yo me arrimo a lo distinguido. Los huéspedes llegan ya. Buenas tardes, Excelencia—dijo el padre de Stasi—. Gracias mil por su presencia aquí. Y la novia, ¿no ha llegado aún?

—Les aguardamos abajo en la sala.

—Yo voy también en seguida.

—¡Ea, pues! les aguardamos allí.

Y los invitados comenzaron a reunirse en grupos, comentando cada uno a su placer el noviazgo, la belleza—hipotética—de la novia, la marcialidad del novio, las fortunas y títulos de los padres... Mientras tanto, la ignorancia supina de Boni en lo que se refiere al funcionamiento del ascensor del hotel Kayserkrone iba a tener para algunos de los personajes de esta historia, consecuencias insospechadas...

UN IDILIO EN EL ASCENSOR

Aunque de invención moderna, tiene ya el ascensor una tradición galante, legítimamente ganada. Una tradición no tan arraigada como la del clásico coche de punto o del moderno y trepidante taxi, pero una tradición al fin. Y si bien es cierto que en un coche, ya sea de tracción animal o mecánica, una pareja de amantes tiene tiempo sobrado para degustar un larguísimo y casi diríamos interminable rosario de ternuras, teniendo en cuenta que la vida marcha cada día por un cauce más vertiginoso y que las casas se construyen cada día más altas, no nos extrañaría que llegase a tener realidad aquel idilio que un humorista ponía en boca de dos lindas muchachas neoyorkinas:

—Nos conocimos, nos amamos, nos aburríamos y nos separamos...

—(Y, duró mucho tiempo vuestro sueño amoroso?)

—Mira: el tiempo de llegar al ascensor desde la planta baja al sexagésimo piso...

Lo que justifica plenamente aquella canción que en las mocedades de quien esto escribe llegó a hacerse popularísima y cuyo estribillo terminaba diciendo:

que no hay nada como un ascensor para hacer el amor.

Y hechas estas consideraciones, hijas de una expansión literaria que el autor no ha podido contener, sigamos a Boni que ha vuelto a descender a la planta baja y al ir a tomar el ascensor, se encuentra ante él a una muchacha lindamente atavida, que no es otra que Stasi von Planitz, esperando a que regrese el botones, que ha ido a hacer un encargo, para que le abra la puerta y la conduzca al primer piso, donde debe tener lugar el banquete en celebración de su próxima boda...

El conde Bonifacio von Kanctianu era un alocado, un viva la virgen, como vulgarmente se dice, pero tenía, entre otras buenas condiciones, la de ser un correctísimo caballero.

Ella era, precisamente, lo que a pesar de su físico deplorable le había valido ser, sino querido, por lo menos apreciado por muchas lindas damas.

Al ver a Stasi plantada ante el ascensor, se inclinó profundamente:

—¿Es a la condesa Stasi von Planitz a quien tengo el honor de saludar?—preguntó.

—Para servir a usted... El conde Bonifacio von Kancianu, si no me equivoco, ¿verdad?

—Para servir a Su Excelencia, señora condesa. ¿Usted espera a Edwin?

Ella enrojeció.

—Creo que no ha venido todavía —dijo—; pero, si no se opone, yo tendré mucho gusto en acompañarla en el ascensor hasta el salón del primer piso, donde tiene lugar la fiesta.

Y abrió la puerta, invitándola a entrar. Ella accedió, Boni la siguió, cerró las puertas y oprimió el pulsador que hacía funcionar el mecanismo.

Y entonces se produjo la catástrofe.

En vano, la vez anterior, el botones le había recomendado que no se acercase a la cuerda que servía para

detener el ascensor. Sin darse cuenta, rozó con ella, frenó el mecanismo y allí quedó detenido, sin poderlo hacer marchar ni hacia arriba ni hacia abajo...

—¡Por Dios! —exclamó Stasi—. ¿Qué ocurre? ¡Oh! ¿Qué le ha pasado?

Era que al funcionar el mecanismo del freno, un engranaje había hecho mella en el traje de Boni, dejándole cuello, corbata y frac hechos una verdadera lástima.

—¿Y ahora, qué vamos a hacer?—gimió la condesa.

—Eso es lo que no sé—repuso Boni, que nadaba en un mar de confusión—. Que el diablo me lleve si sé cómo funciona este maldito aparato.

—¿Y vamos a estarnos aquí mucho rato?

—Eso es lo que no puedo decir a usted, condesa—repuso Boni. Y con voz estentórea, empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz desde abajo.

—¡Qué estamos aquí sin poder subir ni bajar.

—¡Bueno! Estén tranquilos y no se muevan; voy a llamar al mecánico.

—Y, ¿cuánto va a durar esto?

—¡Oh! Mucho rato —exclamó la voz que hablaba desde abajo.

—¿Mucho rato? — dijo Boni, en voz baja a Stasi—. ¡Cuánto me alegro! ¡Así podré estar en su agradable compañía mucho mayor tiempo que yo había pensado!

—Pero, ¿qué dirá ahora mi novio? ¿Qué dirá Edwin?—exclamó ella.

—¡Ah! ¿Están ustedes prometidos?

—¡Naturalmente! Precisamente vamos a celebrar abajo nuestros desposorios.

—¡Qué lástima! — suspiró Boni, a quien Stasi empezaba a gustar.

—¿Por qué? — repuso ésta.

—No, dije mal—rectificó Boni.—La felicito de corazón.

—¡Gracias!

Boni, entonces, procuró tranquilizarla y le dijo:

—Tome usted asiento y tranquilícese. Su novio también estará tranquilo.

—¿Mi novio? El no lo tomará a lo trágico. Pero, ¿y mis padres? ¿Y los suyos? ¿Y los invitados?

—Eso es lo de menos. Lo interesante es que su novio la quiera de veras.

—Y a usted, ¿qué le importa?

—Realmente; no me importa. Pero, cuando uno no ama, no ha de casarse. Este es mi sentir; si yo tuviese una novia tan arrebatadora como usted... la llevaría en palmas de día y de noche.

Mientras estaban hablando así, el príncipe de Weylersheim y su mujer, que esperaban en vano a la prometida de Edwin, llegaron al pie del ascensor y viendo que éste no funcionaba, levantaron la vista hacia arriba y distinguieron a Stasi y a Boni dentro del ascensor paralizado.

—¿Qué pasa?—exclamó el príncipe—. ¡Stasi en el ascensor, con un señor de cara muy extraña!

—¡Maldito sea...! — exclamó la princesa.

—¡Pero, Matilde! ¿Quieres hacer el favor de hablar bien?

El botones se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? — preguntó el príncipe.

—Una avería. El señor ese, que es idiota y debe haber tocado la cuerda, a pesar de que yo le recomendé que no lo hiciera.

—¿Qué dice? ¿Qué a este ascensor hay que darle cuerda? — preguntó Matilde.

Su marido la contempló con ira. Su mirada bastó para hacerla callar.

—De todos modos—siguió diciendo el botones—veo que los pasajeros están vivos.

—¡Menos mal! ¡Gracias a Dios!

—Así ya estoy contenta — suspiró Matilde.

Mientras el botones se alejaba, el príncipe la interpeló violentamente:

—¿Quieres hacer el favor de no

decir disparates delante de la gente?

El botones, el mecánico y un ayudante suyo, iban de un lado para otro intentando reparar la avería. Pero sus esfuerzos eran en vano.

Comprobaban el funcionamiento del freno, el de los pulsadores, los empalmes... y el ascensor seguía colgado entre los dos pisos con la serena inmovilidad de la gran esfinge de Egipto...

—¿Qué?—preguntó Boni desde el ascensor—. ¿Marchará pronto este cacharro?

—No—contestó el mecánico—; todavía no se ha encontrado la causa del desperfecto.

—¡Esto ya es demasiado!—chilló Stasi, visiblemente nerviosa—. ¿Cuánto va a durar esto?

—No lo sé—contestó von Kancsianu—. Un amigo mío estuvo veinticuatro horas en un ascensor y allí tuvo que dormir.

—¡Esto es terrible!

—¿Por qué? Al revés, muy agradable. ¡Qué placer poder hacer aquí un poquitín de vida doméstica!

—¿Aquí?

—Sí; pruébelo usted. ¡No hay cosa más bella en el mundo!...

—...que estar aquí balanceándonos—completó Stasi—. ¿No es eso?

—Exactamente—dijo Boni—. ¿Sabe usted qué podemos hacer? Imi-

taremos a las golondrinas. Nos construiremos un nido. Un nido donde trinaremos...

—Yo estoy trinando hace ya rato.

—Cálmese, Stasi. Trinaremos... quiero decir, cantaremos... y nos daremos el pico... No en seguida, naturalmente. No tenga usted miedo, que soy un hombre galante, que sabe esperar y que no apelo nunca a la menor violencia. Pero ahora, absolutamente en serio, hablemos, aprovechando la oportunidad de esta avería, que si bien hemos maldecido al principio, quizá bendigamos en lo porvenir... ¿Usted está segura de que Edwin le ama?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque si no lo está es preferible que no se case. En cambio, yo sí que estoy enamorado de usted. ¿Usted no querría ser mi esposa? ¿Usted no querría ser la golondrina de mi nido? Seremos muy dichosos, y al año justo, iría usted con un golondrino en los brazos...

—¡Oh, no! Los golondrinos en los brazos, principalmente debajo de los sobacos, son una cosa muy molesta. Según he oído decir...

—No me refería a uno de esos golondrinos que se resuelven con cataplasma... Hablo de los otros... De los hijos de las golondrinas. ¿Qué dice usted a eso?

—Perfectamente, señor golondrino. Con tal que no resulte usted uno de esos golondrinos que duelen, de los que hablábamos antes... Pues bien: gustosamente dispuesta a hacer de golondrina de su nido... con carácter provisional y a título de prueba, naturalmente...

—Las golondrinas son fieles y extraordinariamente cariñosas — dijo Boni.

—Sí — repuso Stasi —. Así lo he oído decir.

—Es verdad.

—Están todo el día picoteándose en el nido... Porque nadie las estorba, como a nosotros.

—¿Lo ve usted como yo le dije que soy un hombre que sabe esperar? — exclamó entonces triunfalmente el conde Kancsiani.

Y estampó en los labios de Stasi el más sonoro y apasionado beso que ha sido dado desde que el mundo es mundo dentro de un ascensor.

—¡Oh! — exclamó ésta, entre confusa y alegre —. ¿Qué ha hecho usted?

—Empezar a «meterme» dentro de mi papel de golondrino. ¿No ha dicho usted misma que las parejas de golondrinas se pasan todo el día picoteándose en el nido?

—¡Oh! ¡Qué malo es usted! ¡Y, sobre todo, qué atrevido!

—¿Se ha enfadado, Stasi?

—Tanto como enfadarme, no...

—Pues, entonces, demuéstrelo usted dándome otro beso...

Y así entre mimos y caricias, Boni empezó a cantar:

*Dulce golondrina
golondrina mía
quiero volar siempre
en tu compañía.
Un blando nido
pronto colgaremos
en cualquier alero
y allí nos querremos
nido blando y suave
de nuestro cariño
muy pequeñito
cual cuna de niño
que para nosotros
palacio será
porque tu sonrisa
lo iluminará...*

—No sé que radiablos oigo allá arriba — dijo el mecánico.

—Quizá sigan pidiendo socorro — observó el botones.

—Yo audo de angustia — confesó el padre de Edwin.

—A mí me parece que me va a dar algo — suspiró la princesa de Weylersheim.

—Es para lo único que servís las mujeres, para desmayaros — repuso con el peor humor el príncipe.

—Ahora soy yo — gritó Matilde.

exasperada—quien te ruega que hagas el favor de hablar bien delante de la gente.

La discusión entre el matrimonio quizá hubiese terminado mal si en aquel momento la atención de ambos no se hubiese visto distraída por las siguientes palabras del mecánico:

—Ahora los oigo bien. Están cantando.

—¡Dios mío! ¿Se habrán vuelto locos de angustia?

—El que se está volviendo loco soy yo—exclamó el mecánico, que además de tener muy mal genio estaba irritadísimo por el mucho trabajo que le estaba dando la reparación de aquella avería—. Todavía no he podido averiguar lo que pasa aquí. Esto es muy raro... Encuentro todo el mecanismo del ascensor estropeado. Ni que lo hubieran hecho adrede.

—¡Dios mío! —suspiró Weylerheim padre—. ¿Qué haremos, pues?

—Los echaremos un cabo, a ver si pueden salvarse haciendo gimnasia.

—¡Excelente idea!—repuso el padre de Edwin y llamó a la novia de éste gritando:

—¡Stasi!

—¡Aquí estoy!

—¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¿Vives aún? ¿No te has hecho daño?

—¡No!

—Ahora te echarán un cabo.

—¡Magnífico! —dijo entonces

Boni que, como es natural, había oído las palabras del príncipe de Weylerheim—. No tenga miedo. Deme usted la manita. Ya ve qué pronto hago su petición de mano... Así. Ahora ponga sus pies en este lazo que han hecho en el cabo que nos arrojan y no tenga miedo.

—¿Ya está arriba el lazo? —preguntó desde la planta baja el mecánico.

—¡Sí!—contestó Boni.

Y mientras iban bajando, observó a Itasi:

—Ahora nos balanceamos como las golondrinas.

—Imitamos a las golondrinas—contestó ella—, nos construimos un nido.

—¡Ah! ¡quién pudiese balancearse así toda la vida! —suspiró el conde Rancsianu.

—Sí—repuso la condesa von Plautz—. Así hablan los hombres, y luego se caen torpemente al suelo. Esto es lo que hacen todos.

—Menos yo. Yo no la dejaré caer a usted nunca.

—¡Ah, usted! Yo también escaparé volando. Si me es perjuró, señor golondrino, la golondrina volará.

—¡Y yo me quedará colgado de la caja del ascensor! —replicó Boni riendo—. ¿No es así?

Ya estaban en la planta baja. Aquel descenso tan arriesgado, que

había tenido el alma en un hilo a Weylersheim y a su mujer. Stasi y Boni lo habían realizado diciéndose terneros y sin darse cuenta del peligro que corrían.

—¡Stasi! ¡Mi pobre Stasi! — suspiró Matilde.

—¡Oh! — exclamó entonces el padre de Edwin reconociendo a Boni—. ¿Usted es el que ha salvado a Stasi conde Kancianu?

—El mismo.

—Edwin se lo agradecerá eternamente.

—¿Por qué Edwin? — contestó Boni, haciéndose el desentendido.

—¡Ah! ¿Pero usted no sabe que la condesa Stasi von Planitz es la prometida de mi hijo y que mañana se casan?

Hablando así, fueron encaminándose al comedor, cuando se dieron de manos a boca con Sylva Varescu.

El príncipe se inclinó ante ella.

—Muy buenos días, señora condesa — la dijo—. Beso a usted la mano. Su esposo acaba de portarse como un verdadero héroe, y tanto mi hijo como nosotros no le agradeceremos nunca bastante el haber salvado a la novia de Edwin de una muerte cierta.

Stasi se volvió pálida como la cera:

—¡Es usted casado! — dijo en voz baja a Boni—. ¡Yo no hubiera creído nunca semejante cosa de usted!

—Ni yo tampoco. ¡Perdóneme, Stasi! — contestó el conde, absolutamente desconcertado.

—Edwin se alegrará enormemente de que ustedes estén aquí. Y desde luego, ustedes asistirán al banquete que vamos a celebrar con motivo de su próximo enlace — siguió diciendo el príncipe.

—¡Ah! ¿Edwin está aquí?

—Naturalmente. ¿No le digo que celebremos su desposorio con Stasi?

—Felicidades — dijo Sylva Varescu, inclinándose ante Stasi.

—¡Gracias, señora condesa! — repuso la joven.

—Ustedes me excusarán — dijo entonces Boni, viendo que la situación se complicaba extraordinariamente para él—. Pero ese endemoniado ascensor me ha destrozado el traje y, con su permiso, voy a cambiármelo.

—Muy bien — contestó el esposo de Matilde—. Mientras tanto, yo me llevaré al salón de banquetes a su señora esposa, la condesa. Edwin tendrá una sorpresa muy agradable al saber que ustedes están aquí y que van a acompañarnos al banquete...

—¡Sí! No va a ser mala sorpresa la que va a tener Edwin! — se dijo Boni, mientras se alejaba del grupo formado por Sylva Varescu y los príncipes de Weylersheim—. Yo,

que me declaro a Stasi, ella que me dice que sí, el príncipe que le espeta que yo soy casado, los tres que se lo creen, la princesa de la Zarda que aparece en este momento y ellos la toman por mi legítima esposa... Sí, sí! para Edwin será una sorpresa de órdago y para mí... ¡un pasaporte para salir por la ventana!

..

El conde Kanesianu acababa de despedirse de los príncipes de Weylersheim y de su supuesta esposa, cuando Feri acertó a pasar cerca del grupo que formaban Sylva Varese y los padres de Edwin.

—¡Caramba!—exclamó el príncipe—. ¡Por ahí veo al conde Kerckes!

Y corrió a abrazarle, al tiempo que preguntaba a Sylva:

—¿Dónde están sus sobrinas?

Como si hubiesen oído la pregunta, las «girls» comparecieron al punto, saltando y bailando, mientras gritaban:

—¡Hola, tío Feri!

—Supongo — siguió diciendo el príncipe de Weylersheim — que las señoritas nos honrarán también sentándose a nuestra mesa.

—Veo que este casamiento va a

ser muy divertido. — exclamó von Kerckes, no sin cierta inquietud.

—Por lo menos, así lo esperamos—contestó el príncipe, quien, dirigiéndose a las muchachas, añadió: —Vengan con nosotros, señoritas: tengan la bondad.

Feri se acercó a Sylva y le hizo una seña, indicándole que no siguiese el cortejo formado por los príncipes y las «girls». Cuando unos y otras estuvieron ya un poco lejos:

—¿Quieres explicarme por lo que más quieras, Sylva, que representa toda esta comedia?

—Eso. Tú lo has dicho. Una comedia. Estoy completamente tranquila. Me he serenado de repente y tengo plena confianza en su éxito.

—Esto es verdaderamente asombroso.

—Si me hubiese realmente querido, no se hubiera prometido con otra.

—¿Lo ves, Sylva? ¡Ea! Vámonos. ¿Qué tienes que hacer aquí ya?

—Decirle a él una cosa.

—¿Una escena violenta?

—Nada de violencias, Feri. Y aunque así fuera, ¿te importa a tí algo? Vámonos, que si esa gente se dan cuenta de que nos hemos retrasado, y hablamos en voz baja, recharán, y no me conviene despertar la

menor sospecha en el ánimo de los padres de Edwin.

Sylva y Feri adelantaron al paso y bien pronto se reunieron con los príncipes y las «girls».

Weylersheim padre se dirigió al grupo que formaban los invitados, grupo al que se había unido Boni, vestido con otro frac que le venía ridículamente pequeño.

—Ante todo—dijo el príncipe—les he de presentar a unos amigos.

El conde Boni, que ha salvado como un héroe a Stasi de un grave peligro. Y aquí está su encantadora esposa.

Y designó a la Varescu.

Feri se acercó a las «girls» y les dijo en voz baja:

—Ahora sí que os ruego, muchachas, que os comportéis, no como baronesas ni como princesas, sino como emperatrices. Acabáis de emparentar, pues inesperadamente como yo, en grado de sobrinas. ¡Oh! Boni — añadió en voz alta — ¡Qué frac más elegante llevas.

—Me lo ha prestado el botones del cuarto piso—contestó el conde Kancsianu—. De abajo, queda un poco escaso, pero, en justa compensación, por arriba queda corto. ¿Se ve mucho?

—¡Quí! si no se fijan, no.

—Así, pues, va bien.

Mientras tanto, dos invitados cuchicheaban en voz baja.

—La señora—decía uno—se le parece enormemente.

—¿A quién?

—A una artista a quien vi hace poco en Budapest.

—¿Cómo se llamaba?

—Sylva Varescu — dijo ésta resueltamente, interviniendo sin pedir permiso, en la conversación.

—¡La misma! ¿La conoce?

—No; pero mi marido, Bonifacio...

—¡Justo!—exclamó éste.

Y se quedó con la boca abierta, sin saber que añadir. Con la mayor presencia de ánimo, Sylva le preguntó:

—¡Ah! ¿Pero, tú la conoces, a esa tal Sylva Varescu?

—Superficialmente... — repuso Boni.

—¿Y qué? Se parece a mí, ¿eh? ¡Eso sí que me hace gracia!

—Sí — dijo maquinalmente el conde Kancsianu—. Verdaderamente, es una cosa para reírse...

Esta conversación fué interrumpida por la llegada de Edwin, quien, dirigiéndose al autor de sus días, le dijo:

—¿Me llamaste, papá? Aquí estoy...

—¿Este es modo de obedecer?

—repuso el príncipe, irritado—. ¿Dónde has estado tanto rato?

—Como no me dijiste que me apresurara...

—¡Bueno, bueno! Ahora conviene que pongas cara alegre. Tengo una agradable sorpresa que darte. He invitado a dos buenos amigos tuyos de Budapest. El conde y la conde Kancsianu.

—¿A quién?

—Al conde y a la condesa Kancsianu.

—¿Condesa Kancsianu?

—Sí; te sorprende, ¿eh?

—¿La condesa Kancsianu? ¡Sylva!

—¡Ahora explota la bomba!— pensó Boni.

—¿La toma a Vd. por otra?— preguntó a la Princesa de la Zarda, uno de los invitados.

—Esa Sylva Varescu debe de ser realmente mi sosia—exclamó ella, con un aplomo formidable.

—Sí... sí... —balbuceó Boni—. Tiene de ella el tífus... quiero decir, el tipo. Las dos nacieron en el mismo pueblo, y todas las mujeres de allí se parecen unas a otras como gotas de agua...

—¡Este Boni me va a estropear la combinación — se dijo la joven—. Y en voz alta y dirigiéndose a Edwin:

—Le felicito por su esponsalicio.

—Y a usted por su boda — contestó el príncipe de Weylerheim, mordiendo los labios de cólera.

—Un millón de gracias — contestó Boni.

—¡Ah, sí! perdona — añadió Edwin, dirigiéndose al conde Kancsianu—. No me había acordado... Dispensa.

—No vale la pena.

—Bueno, bueno — dijo el padre de Edwin—. Pasemos al comedor, que ya empieza a ser hora.

—No dejes de observar ni un momento—aconsejó Feri a Boni, en voz baja.

—Soy un excelente observador, no pierdo ripio.

Los invitados fueron tomando asiento ante la bien dispuesta mesa. Edwin se acercó a Sylva y en voz muy baja, le dijo:

—¿Cómo? ¿Son ustedes novios?

—¡Casados! — repuso, ella con aparente frialdad.

—Sí; casados, quise decir. Perdona...

—¿Qué mentiras cuentas a mi mujer?—preguntó entonces Boni.

—¡Oh! Nada... — contestó Edwin—. Le preguntaba... si hace mucho tiempo que son ustedes casados.

—¡Oh!... desde...—murmuró Boni. Y como tenía por costumbre,

se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Afortunadamente, Sylva sabía el quite y completó la frase del conde Kancsianu, diciendo:

—Desde esta mañana, nada más. Ahora mismo venimos de la alcaldía. ¿No es verdad, Bonifacio?

—¡Muy precipitada ha sido la cosa!

—Sí,—observó Boni—yo apenas me he dado cuenta... Se hizo así de repente.

Menos mal que el padre de Edwin estaba lejos y no la oía. Ella continuó: —Somos muy felices, ¿no es verdad, Bonifacio?

—Bueno, bueno—dijo Edwin—. Supongo que todo esto es broma, ¿no?

—¿Cómo? Usted se casa mañana... y yo me he casado hoy—exclamó la Princesa de la Zarda.

—¡Eso mismo! —asintió Boni

La princesa Matilde se acercaba, acompañando a Stasi.

—¡Aquí está Edwin!—dijo.

—¡Stasi! —dijo éste, fingiendo una ansiedad y una emoción que estaba muy lejos de experimentar—. Pero, ¿qué te ha ocurrido? ¿Te has repuesto ya del susto, nena? ¿No enfermarás, por lo menos, amada mía?

—¡Qué mal finge ese pobre Edwin!—dijo para sí la Princesa de la

Zarda—viendo lo pésimo comediante que es, es cómo puedo darme cuenta de que a quien quiere de verdad es a mí.

—A comer, a comer —dijo Matilde—. ¿No le parece, conde Kancsianu, que ya empieza a ser hora?

—Para mí, por lo menos, sí, Alteza. Tengo un hambre canina.

—¿Entonces, te quedas? —preguntó Edwin.

—Sí.

—Pues yo vengo en seguida—dijo nuestro protagonista.

Y cambió con Boni una mirada rápida, que Kancsianu comprendió inmediatamente.

—Perdone —dijo levantándose—vuelvo en seguida.

Y salió tras de Edwin. Los dos hombres penetraron en una de las habitaciones del hotel, y apenas estuvieron solos, el príncipe interpeló violentamente a su amigo.

—Boni—le dijo—te exijo ahora mismo una explicación completa.

—¿No soy tu amigo?

—¡No! —rugió Edwin, agarrándole por la solapa del frac.

—Haz el favor, Edwin. No me zarandeas, que sufro del hígado.

—El hígado te lo voy a sacar yo, ¡canalla! ¡A ver! ¿Por qué te has casado con Sylva?

—Por amor.

—¿Qué dices?

—Por convicción.

—Y, ¿eres su marido, su verdadero marido?

—Del todo, verdaderamente aun no.

—¿Cómo se explica?

—Nos encontramos juntos en la alcaidía.

—Y, ¿qué más?

—Después nos fuimos a casa.

—Y, ¿qué más?

—Después almorzamos con Feri.

—Y, ¿qué más?

—Después... no pasó nada más.

—¿Es verdad todo lo que dices, Bonifacio?

—¡Te lo juro!

—¡Qué suerte la tuya! Si estoy allí, te asesino.

—¡Ea! no me sacudas, que no soy ningún frasco de esos medicamentos que llevan un rótulo que dice: «agítase al usarlo»!

Sabe Dios cómo hubiese terminado aquella escena si Stasi von Plannitz, alarmada por la brusca desaparición de Boni y de Edwin, no hubiese salido en su busca, consiguiendo descubrirlos en la habitación donde estaban discutiendo.

—Conde Kancianu, ¿qué hace usted aquí ¿por qué no viene?—exclamó al ver a su novio de nuevo cuño, disputando con el antiguo.

—¡Oh! Me has salvado la vida—suspiró Boni—. Vengo en seguida.

Y se reintegró a la mesa. Sylva notó en él algo anormal.

—Tengo escalofríos.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Edwin volvía también a la mesa.

—Sylva, necesito hablarte — le dijo.

—No sé que tengamos aun nada que decirnos—contestó ella con desabrimiento.

—¡Sylva...! un momento...

Ella no le hizo caso, pero dijo:

—¿Estáis celosos, el uno del otro? ¡Oh! No temas, Boni, que Edwin es completamente inofensivo.

—Veo que conoces muy bien el corazón humano!

—Te suplico, Sylva, que me acompañes a donde podamos hablar—exclamó por fin Edwin, decidiéndose nuevamente a tutearla—. De lo contrario, no respondo de lo que pueda suceder.

—¿Armarás un escándalo?

—Quizá sí.

—Pero, señora condesa — dijo en aquel momento Matilde—. ¿No tiene usted apetito?

—En absoluto, Alteza.

—Yo tampoco—dijo Edwin, levantándose y yendo tras de Sylva, que ya se había puesto en pie.

—¡Jesús! Todo el mundo está desganado hoy — observó el padre de Edwin, dirigiéndose a Feri—

Las únicas a quienes da gusto ver comer, son sus sobrinas. ¡Tienen todas un apetito, que es una bendición!

—Sí, sí; están desnutridas, pobrecitas!—dijo von Kerekes. Y dirigiéndose a von Kancsianu, añadió: —Tú, Boni, ¿dónde está Sylva?

Estas últimas palabras las pronunció, como es natural, en voz baja:

—Con Edwin—repuso Boni.

—¿Por qué los dejaste solos?

—Ella no tenía apetito...

—Me parece que la catástrofe se aproxima a pasos agigantados...

En el mismo momento en que tenía lugar este diálogo, Edwin preguntaba a Sylva con ansiedad:

—Dime, ¿por qué te has casado con Boni?

—Porque no quería marcharme sola a América. Además, Boni me idolatra. ¡Es el hombre más apasionado que he conocido!

—Y, ¿le quieres a él?

—Sí. ¿Tú crees que me iba a casar con un hombre a quien no amase?

—¡Perdóname!

Ella quiso hacer frente a la emoción que la embargaba.

—Pero, ¿a qué viene este tono trágico—exclamó—. ¡Ea, venga un pitillo!

—¡Con mucho gusto!

—Podemos, sin embargo,—insistió—seguir siendo amigos. ¿No es acaso posible que dos hombres que gozaron de algo hermoso, lo recuerden sin encono? Porque tú bien recuerdas gustoso aquellas horas...

—¡Bello era el tiempo, nuestro feliz tiempo!—suspiró Edwin.

—¡Bien sabes tú lo que sentía el corazón!—dijo ella—. ¡Y aunque ensueño pasajero, bello era a pesar de todo!

Hubo un silencio.

—Hemos vivido una novela, Edwin—siguió diciendo la Princesa de la Zarda—. Una novela no sé cómo si festiva, picaresca o sentimental. Pero puedo asegurarte, en todo caso, que no tendrá nada de trágica, y que su desenlace no consistirá en un doble suicidio al estilo romántico...

El banquete tenía lugar en medio de una atmósfera extraña. El único que no parecía afectado por los acontecimientos era Boni, que empezó a servirse con toda tranquilidad.

—¡Será mejor comer algo!—dijo resignadamente.

—Aunque—añadió dirigiéndose a Stasi—no puedo. ¡Cuándo veo que me mira con sus bellos ojos, todo mi interior se conmueve!

—¿El estómago? —inquirió la condesa, riendo.

—No; el corazón.

—¡Si lo oyese su señora!...

—¿Qué señora? ¡Ah! mi señora no me molesta.

—¿Y a esto llama usted la luna de miel?

—Es que con miel me parece muy amarga.

—¡Si fuese usted mi marido!

—¿Si lo fuese...? ¿qué?

—Le sacaría a usted los ojos.

—¿Qué? ¿con estas manitas tan monas? ¡Qué gusto!

Feri se acercó al conde Kancsianu.

—Boni, ¿puedes dedicarme un minuto?

—¿Qué pasa? ¿Has hallado a Sylva?

—No. Algo más importante. ¿Sabes quién está aquí?

—No. Dímelo en seguida.

—¡Aquí está Matilde Kugler!

—¡Ah! ¿Aquella cantante?

—La que a mí me entusiasmaba hace treinta años.

—Sí. ¿Y está aquí?

—Sí. Está aquí. Está allí. ¿sabes?

—¿Allí? No hables tan alto. ¿Quién es? ¿La Weylersheim?

—Sí. Matilde Kugler es ahora la princesa de Weylersheim.

—¡Ea! ¡fuera bromas!

—Lo veremos pronto.

Precisamente Matilde hablaba en aquel momento y decía:

—Sí; nosotros los Weylersheim, hemos conservado muy puro nuestro árbol genealógico. En nuestra familia, no hay enlaces desiguales. Ante todo, el prestigio de la alcurnia.

—¡No vas a tener tu mala alcurnia!—dijo Feri para su capote. Y en voz alta empezó a cantar:

Fué la señal de la desbandada. El banquete terminó allí, sin brindis ni discursos. Los invitados se dividieron en pequeños grupos, y como ni Edwin ni Sylva reaparecieron, Boni y Stasi se encontraron sin buscarse, como dos ovejas que han perdido su pajeja.

—¡Es usted un hombre abyecto! —exclamó la condesa von Planitz, así que se encaró con Kancsianu.

—¿Por qué?—contestó éste—. Al contrario, soy el hombre más feliz que jamás haya existido. Por primera vez me he enamorado de verdad.

—¿Y su mujer?

—¿Mi mujer? Se puede prescindir de ella.

—¿Prescindir? ¡Usted no tiene corazón!

—No se preocupe usted ni pase por ello pena alguna.

—Entonces, ¿usted no ama a su mujer?

—No; en absoluto.

—¡Ah! ¡así son los hombres! ¡y esto es el amor!

—¡Esto es el amor! — exclamó Boni—. ¿Usted sabe lo que es el amor? ¿No, verdad? Pues, ahora le cantaré a usted una cancioncita, para que lo sepa...

—¡No me venga usted con músicas!

—Con músicas no, Stasi. Nada más que con cantos. Desgraciadamente aquí no hay ningún instrumento para acompañarnos...

Y Boni empezó a cantar:

*Es el amor solemne tontería
que al hombre más sugaz
convierte en un chucuelo
y casi a ciegos, a la vicaria
conduce, haciéndole pasar por loco.
Tras la luna de miel
que pasa embelesado
la triste realidad
ya le ha desencantado
y al olvidar sus dulces emociones
vuelven al punto las comparaciones
y a la fregona sacia cual la pez
hallar más bella y dulce
que a su propia mujer.
Sólo sabe fingir un amor bien sincero
aquel que ha de vivir con muy poco*

*[dinero
si su dote la esposa le deja malgastar
y en brazos de otras chicas, su vida
[deslizar,*

—Entonces, eso quiere decir también que...

*Es el amor solemne tontería
que a la joven más seria
vuelve loca chucuela
y casi a ciegos, a la vicaria
conduce, haciéndola pasar por loco...*

—Eso mismo—replicó Boni.

—¿Tiene usted deudas?

—No, Stasi. Si las hubiese tenido, le hubiese preguntado antes, en el ascensor, si tenía usted dinero.

—Entonces, ¿mantiene usted lo que me dijo en el ascensor?

—En todas sus partes y sin temor a enamorarme de una fregona, pasada la luna de miel...

—Pero usted bien se ha enamorado de mí, y no después, sino en plena luna de miel, puesto que se ha casado esta misma mañana...

—Porque usted no es una fregona. Además, nuestro casamiento fué de conveniencia.

—Como el mío con Edwin.

—Aproximadamente. Querida golondrina: déjame remontar el vuelo, que regreso en seguida y en cuanto estemos solos, nos iremos al nido...

—¡Si no lo tenemos todavía!

—¡Es igual! ¡Lo fabricaremos! Un nido es muy barato, a pesar de la carretía de la vida...

Bonifacio tenía prisa por separarse de Stasi debido a que quería cambiarse el frac, ridículamente estrecho y corto, por otro de más holgadas proporciones.

Entretanto, Sylva y Edwin habían vuelto a dialogar. El decía:

—Silva, a mí no me la pegas. Te has casado con Boni únicamente para vengarte de mí.

—No es verdad.

—Tus miradas te delatan. Bien claro se ve que no eres feliz. Tú podrías resistirte como se te antoje; pero a quien tú quieres es a mí sólo.

—¡Déjame en paz!

—Te dejaré, pero con todo el dolor de mi corazón.

Fué a separarse cuando se dió de manos a boca con Boni.

—¡Conde Kancsianu!—exclamó.

—¡Príncipe Weylersheim! Estoy que echo fuego por la boca... Pero, no. Viéndote a ti, recupero en seguida mi buen humor.

—Bueno. Vamos a cuentas—dijo Edwin—. ¿Tú eres amigo mío?

—Si no me zarandeas como la otra vez, sí.

—Pues bien: te has de separar de Sylva.

—Con mucho gusto. La quieres, ¿no es eso? Pues ¡ahí la tienes!

—Pues señor, no encuentro a Edwin y tampoco veo a Stasi—decía el príncipe a su mujer—. Y hay que anunciar el casamiento.

La música había empezado a tocar y las parejas jóvenes iniciaban los primeros pasos de baile.

Boni y Stasi habían vuelto a entrar en el salón. Al divisar a la pareja que formaban nuestros protagonistas, Stasi exclamó:

—¿No ve usted cómo se porta mi novio? Yo estoy aquí de más.

—Y usted, ¿no ve cómo se porta mi mujer? Yo también estoy aquí de más, y si no se opone, la acompaño.

—¿Por qué no me rapta usted?

—¡Con muchísimo gusto!

Como dos colegiales que preparan una travesura, Stasi y Boni huyeron a través de los corredores. Cuando estuvieron en un rincón donde nadie los veía, el conde cogió a la joven por el talle y, sin darle tiempo a pronunciar una palabra de protesta ni iniciar un gesto de resistencia, empezó a besarla furiosamente, mientras las «girls» seguían cantando:

*Mil angelitos cantan un himno a nuestro amor
estréchame en tus brazos, bésame con ardor.
¡Ya eres mío! ¡Y ahora, juntos los corazones,*

rímonos del Mundo y de sus convicciones!
Rio y lloro a la vez, ¿estoy soñando
o es verdad que tus labios me están besando?

—Encantada, señor coronel—decía Matilde de Neglershain a un voluminoso militar que acababa de penetrar en el salón.

—He llegado tarde, ¿verdad?

—No. Precisamente, ahora vamos a anunciar el casamiento. Precisamente veo a mi hijo, que está bailando con la esposa de un amigo suyo. A quien es, a la novia, a Stasi...

El príncipe hizo una seña a los músicos para que cesasen.

—¡Señoras y caballeros!—dijo.

—¿Tienen ustedes la bondad de interrumpir por un momento el baile?

Las parejas se desunieron y, del brazo, se acercaron al príncipe, para escuchar el anuncio de los esposales.

—No tienes miedo, Sylva—dijo Edwin—. Ven.

El coronel se adelantó a saludarle.

—Mi cordial enhorabuena—dijo.

—Muchas gracias—contestó Edwin—. Y, a propósito: tengo el gusto de presentarle a...

—¡Oh! Muchas gracias—dijo el coronel, sonriendo—. conozco muy bien a la señorita Sylva Varescu,

la encantadora princesa de la Zarda... Precisamente, he tenido muchas veces el gusto de aplaudirla, en el «Orpheum» de Budapest...

—¿Entonces—rugió el padre de Edwin en el colmo de la sorpresa y de la indignación—esta es la condesa Kaucaianu!

—¡Oh, perdone! Yo no sabía que la Princesa de la Zarda se hubiese casado.

—¿Quién?—preguntó el príncipe.

—¡La princesa de la Zarda, Alteza!

Feri se había acercado a Sylva.

—Y tú ¿qué quieres hacer?—le preguntó.

—Decir la verdad. ¡Sí, Edwin; yo no soy la condesa Kaucaianu... yo sigo siendo Sylva Varescu!

—¡Qué horror!—exclamó el padre de Edwin.

Matilde, hecha una furia, interpelló violentamente a Sylva:

—¡Ah! ¿Conque usted se ha colado aquí con un nombre supuesto para hacer imposible la boda de mi hijo con la condesa Stasi?—gritó.
—Y ¿dónde está Stasi?

—En vano la busco—contestó el príncipe—. Señoras y caballeros: se

está buscando a la condesa Stasi. Aguarden un momento, les ruego. En seguida anunciaremos los esponsales.

—No—dijo entonces Edwin, revoltamente—; yo no me caso con Stasi; no me caso más que con...

—... la princesa de la Zarda—completó Sylva.

—¿Una mujer de teatro? ¡De ninguna manera!—rugió Matilde.

—No tenga miedo—repuso entonces la Varescu—. Yo no he de introducirme violentamente en su principesca familia. He terminado mi contrato con el empresario del «Orpheum» de Viena, y nada es capaz de retenerme aquí; ¡ni siquiera el amor! Téngalo bien entendido, Alteza: las mujeres de teatro no se toman tan en serio el amor. Ven, Feri.

—¡Silva, Silva! Tú no te vas: no lo permito—dijo Edwin, cogiéndola por el brazo.

—No te apures, Edwin. Tus padres se meterán siempre con nosotros. No seremos nunca felices. Hoy estás enamorado, pero pronto me olvidarás. ¡Todo pasa, todo!

—¡Silva!

—¡Un momento!—intervino Feri—. ¡Un momento! Tú no te vas; tú te quedas aquí. ¡Oh, el amor! ¿Qué pasaría si no fuese el tío Feri, el bueno del tío Feri?

Y como nadie acertase a comprender lo que quería decir:

—Es que traigo una pequeña bomba en el bolsillo... Cuando llegue el momento, ya cuidaré de hacerla estallar...

—¿Dónde está Boni?—preguntó Sylva.

—¡Se ha ido!

—¿Y Stasi?—dijo la princesa.

—Stasi ha encontrado en Boni un hombre que le cuadra más que yo—contestó Edwin—. He aquí todo.

—¡Maldita sea!—rugió la madre de nuestro protagonista.

—¡Pero, Matilde!—protestó el marido.

—¡Ah! ¡Perdón! ¡Es que tantas desgracias a un tiempo, me tienen toda trastornada!

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—preguntó el coronel.

—Pues un doble escándalo—dijo el príncipe—. ¡No, no!—añadió rectificando—. Demasiado pronto, demasiado pronto. Quizá Stasi vuelva y se arrepienta de su locura...

—Ahora ha llegado la mía—murmuró Feri.

Y en voz alta, midiendo las palabras, añadió:

—Pero, señores, ¿a qué seguir preocupándose de un asunto en el que la juventud ya ha decidido?

Ahora, lo que esto pueda durar, lo dirán los jóvenes mismos.

—Pero, conde: es que yo no puedo consentir que mi hijo se case con una mujer de teatro—exclamó Matilde.

—¿Por qué? No sería éste el primer matrimonio que se celebrase entre una actriz de teatro y un príncipe.

—Yo no sé ninguna—dijo Matilde.

—Pues yo sí. Hubo, por ejemplo, en cierta ocasión, en el «Orpheum» de Budapest, una encantadora y simpaticísima «vodette» que cantaba siempre... ¿cómo era que no me acuerdo? ¡Ah, sí! Pues bien: esa encantadora actriz es hoy la esposa de un respetable aristócrata. Y ambos forman un matrimonio típicamente feliz.

El príncipe había estado escuchando a Feri von Kerekes.

—Vamos, que no lo comprendo—dijo—. ¿Y tú, Matilde?

—Yo lo comprendo bien.

—¿Definitivamente?

—Sí. Las manifestaciones del conde tienen algo de imperativo.

—¿Qué quiero decir?

—Que me parece muy bien que Edwin se case con Sylva Varracu. Es una excelente muchacha y de porte tan distinguido como si fuese una condesa auténtica...

Horas más tarde, Edwin y la Princesa de la Zarda tomaban el tren para dirigirse a Budapest, donde debían casarse. En el mismo coche iba una pareja estrafalaria, formada por un individuo provisto de luengas barbas y una joven que llevaba lentes ahumadas. De pronto, el caballero de la barba se fijó en nuestros protagonistas.

—¡Caramba! ¡Cuánto de bueno!—exclamó.

Y se quitó la barba, al mismo tiempo que la joven se quitaba los lentes.

—¡Bonit!—exclamó Edwin.

—¡Stasi!—dijo con alegría Sylva.

Era la pareja de golondrinas, que había huido, estrafalariamente disfrazada, a fin de gozar las mieles de su ventura sin que nadie les molestase...

FIN

Próximo número:

CLEOPATRA

Hágase reservar un ejemplar antes que se agote